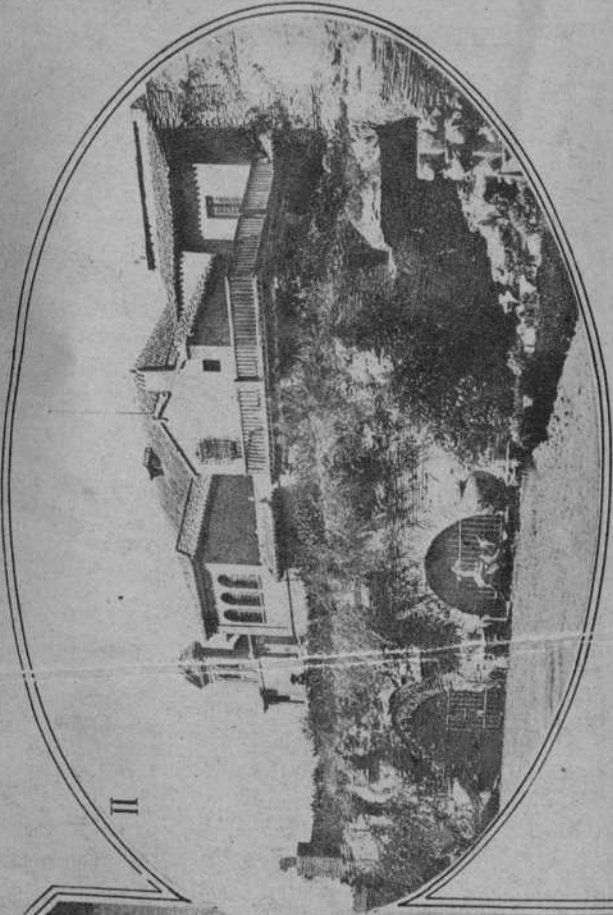


Nº 42
9 Enero
1927

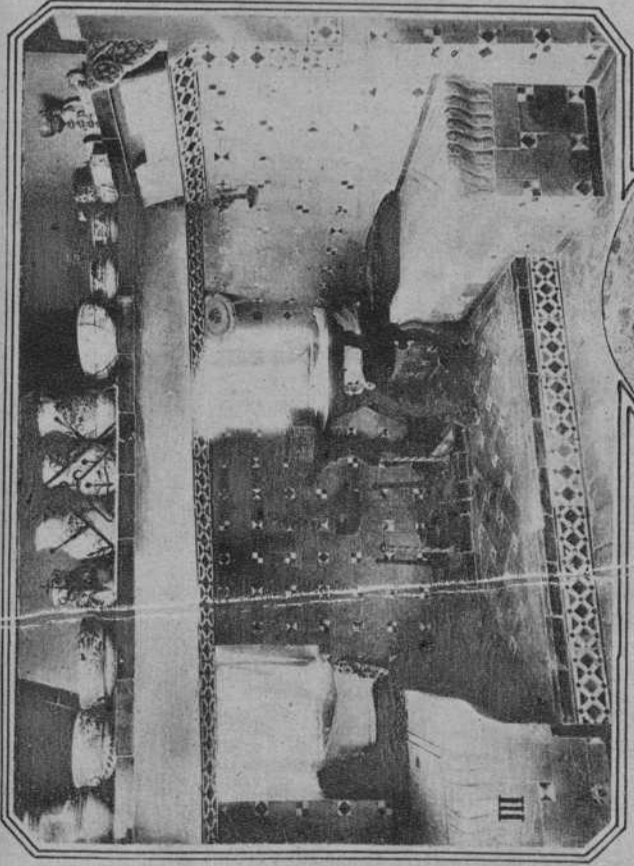
PAGINAS DE
EXTRAORDINARIAS
El Día Gráfico.



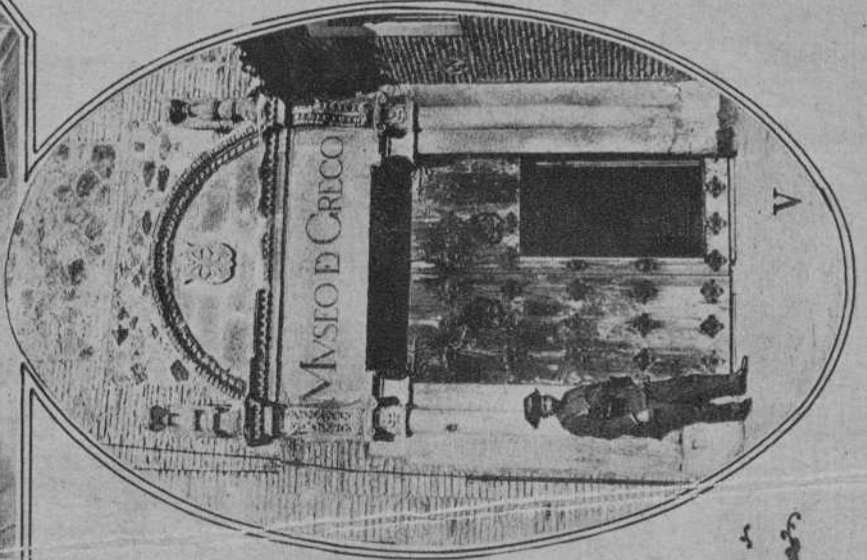
Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
Retrato del pintor
Bayeu, obra de Goya
Museo del Prado.



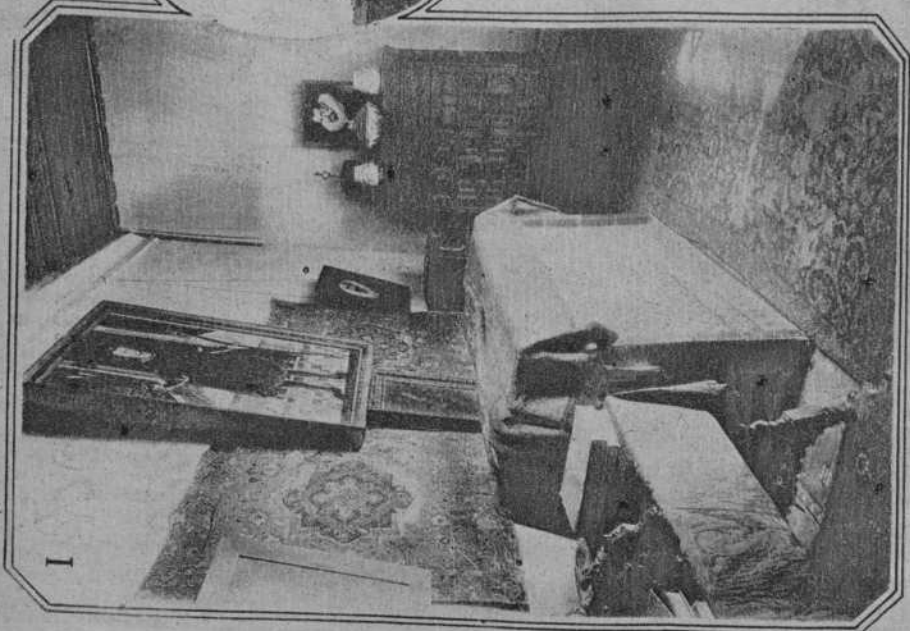
II



III

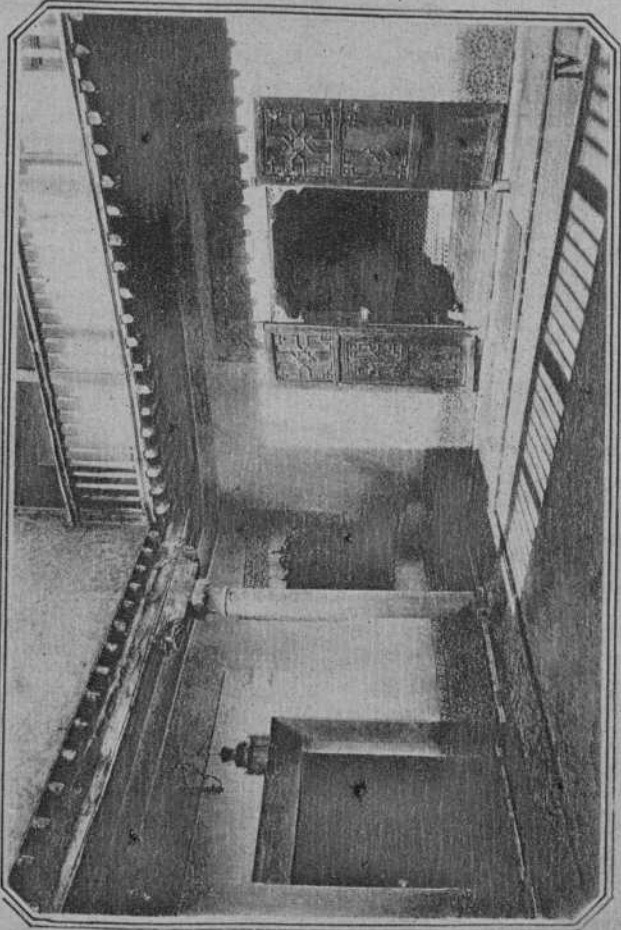


V



I

LA CASA DEL GRECO
VN RELICARIO LLENO D
CVADROS Y D RECVERDOS
DEL GRAN PINTOR CRETENVE
QUE AVMENTA LOS PRESTI-
GIOS D TOLEDO

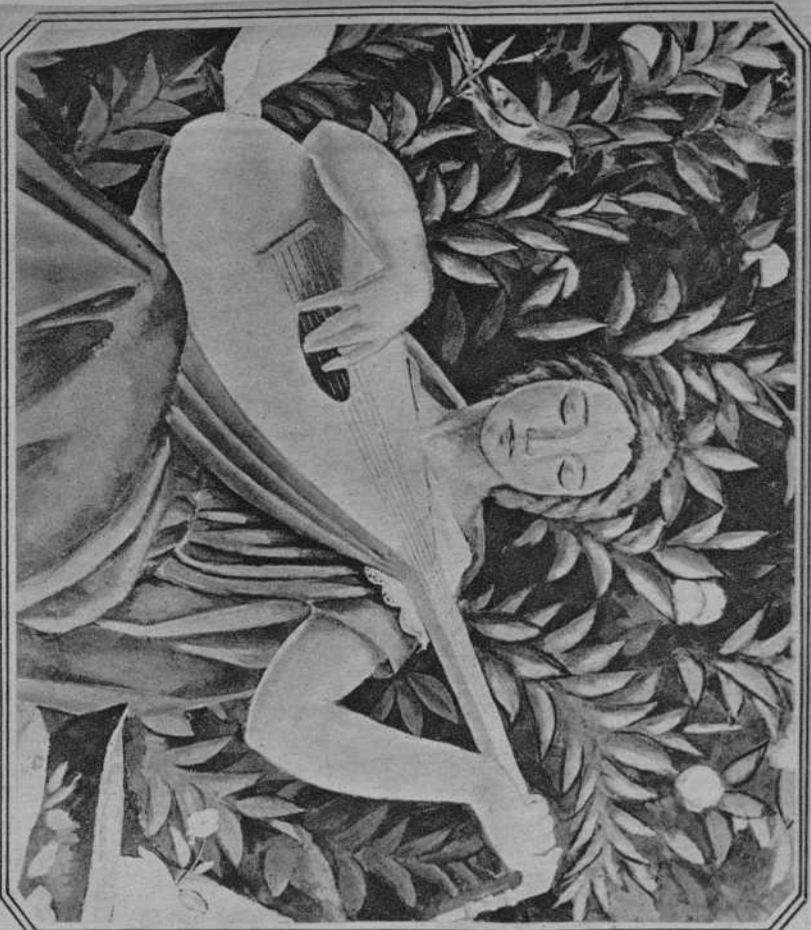


IV

I LA CAPILLA
II LOS JARDINES QUE RODEAN LA CASA DEL GRECO
III LA COCINA CON SUS CERÁMICAS ANTIGVAS
IV EL PATIO
V LA PUERTA DEL MUSEO

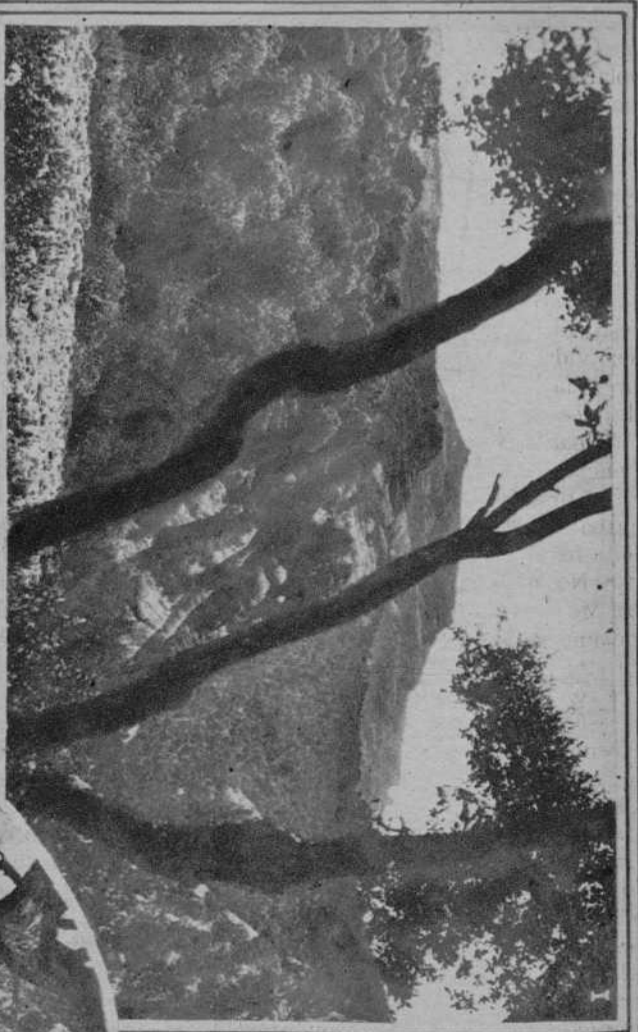


Una alegoría de la música, sobre los muros de una mansión señorial bávara. *Primeras de Tübingen*

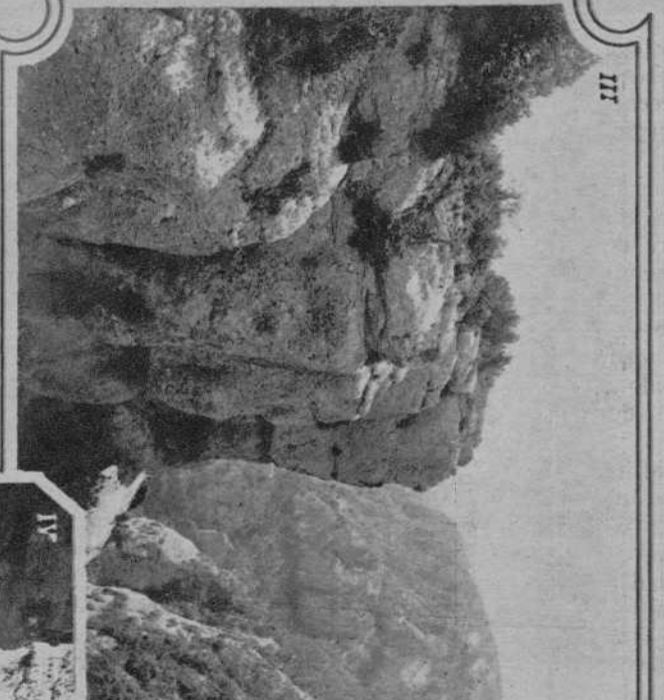


- I.- Un friso decorativo.
- II.- La tocadora de armonio.
- III.- El arrobamiento de una oiente.
- IV.- La mujer que va a cantar.
- V.- El éxtasis de la intérprete.

(Isa. Serra)



La montaña de San Lorenc del Munt, oculta en su apariencia vulgaridad, rincoseres deliciosos y perspectivas abruptas



- I.- Las crestas de San Lorenc, vistas desde la ladera.
- II.- La cima de San Lorenc coronada de nieve.
- III.- Macizo de la "Canal grazer".
- IV.- La "Canal grazer".
- V.- Crepusculo.

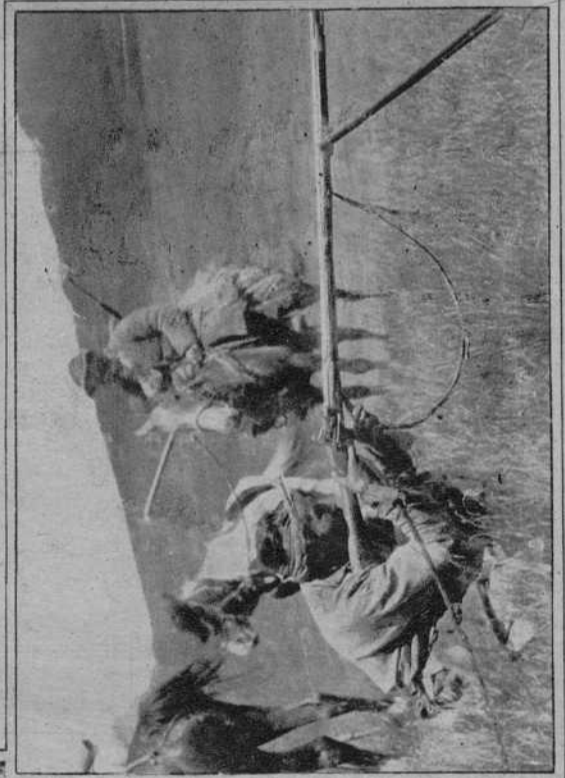
La expedición americana al Himalaya en busca de ejemplares de la "Ovis Poli" especie codiciada por todos los museos.



Los caravaneros expedicionarios a cuyo frente iba el famoso Simpson y Teodoro Roosevelt, hijos del expresidente de la República, al regresar a un ventisquero.



Los cimientos del Himalaya y los ventisqueros de sus laderas.



Un indígena disparando contra una pieza con el fin de atraparla e impedirle escapar.



El travesía del invierno himalayense tan duro y agreste como el invierno ártico.

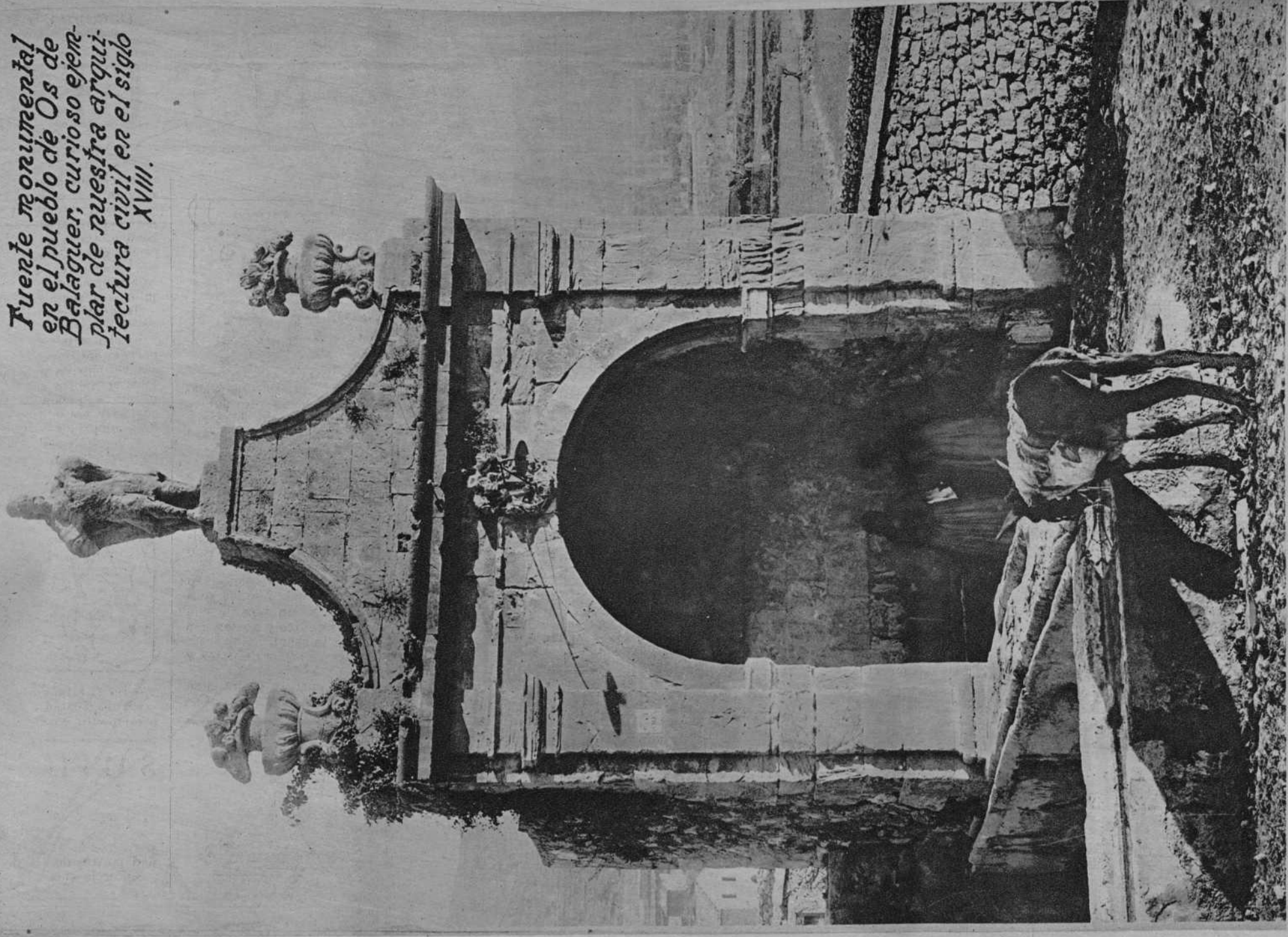


Los indígenas agregados a la expedición preparando los cráneos de los ejemplares de la "Ovis Poli" cobizados por los expedicionarios.

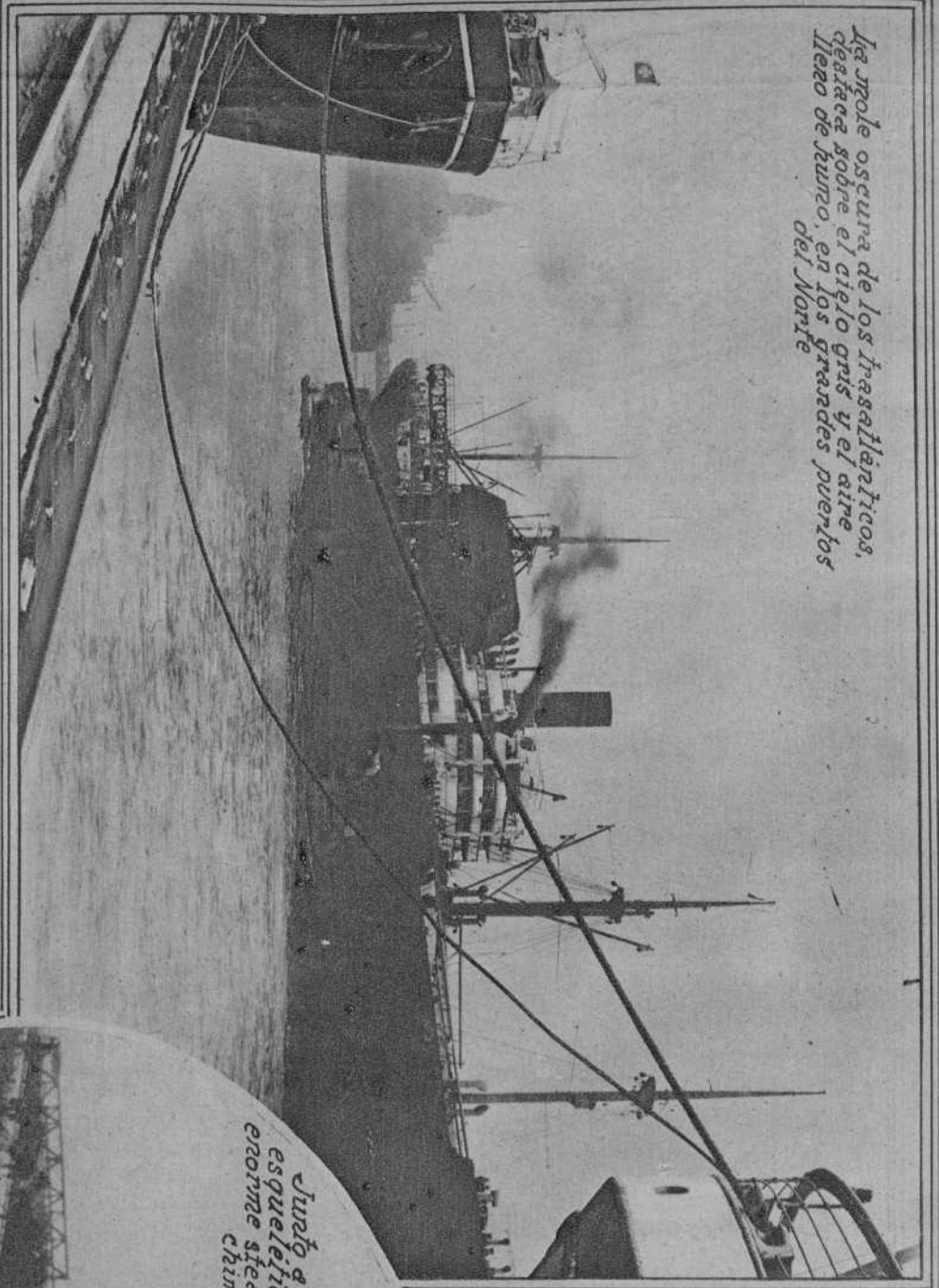


Un ovejero cazado visto por los exploradores González en la comarca de Herasu.

Fuente monumental en el pueblo de Os de Balaguer, curioso ejemplar de nuestra arquitectura civil en el siglo XVIII.

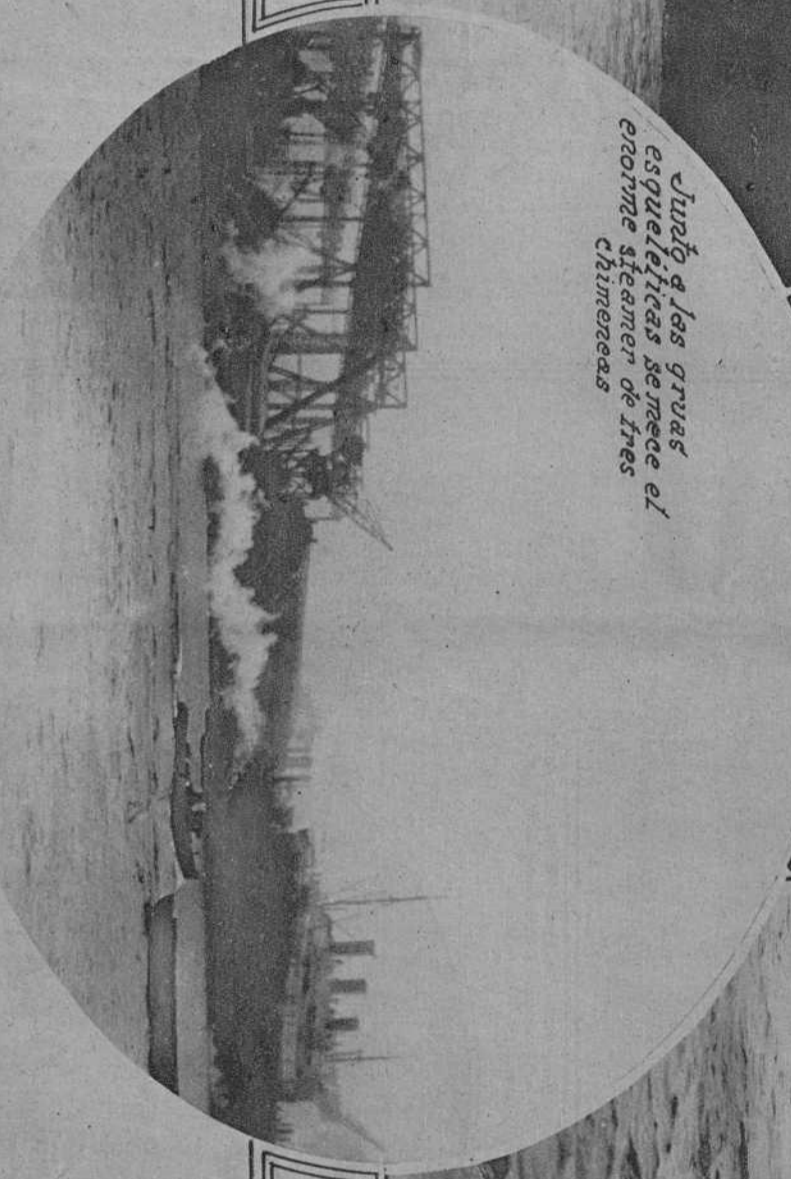


La noche oscura de los Inasallénicos, desataca sobre el cielo gris y el aire llovo de junio, en los grandes puertos del Norte

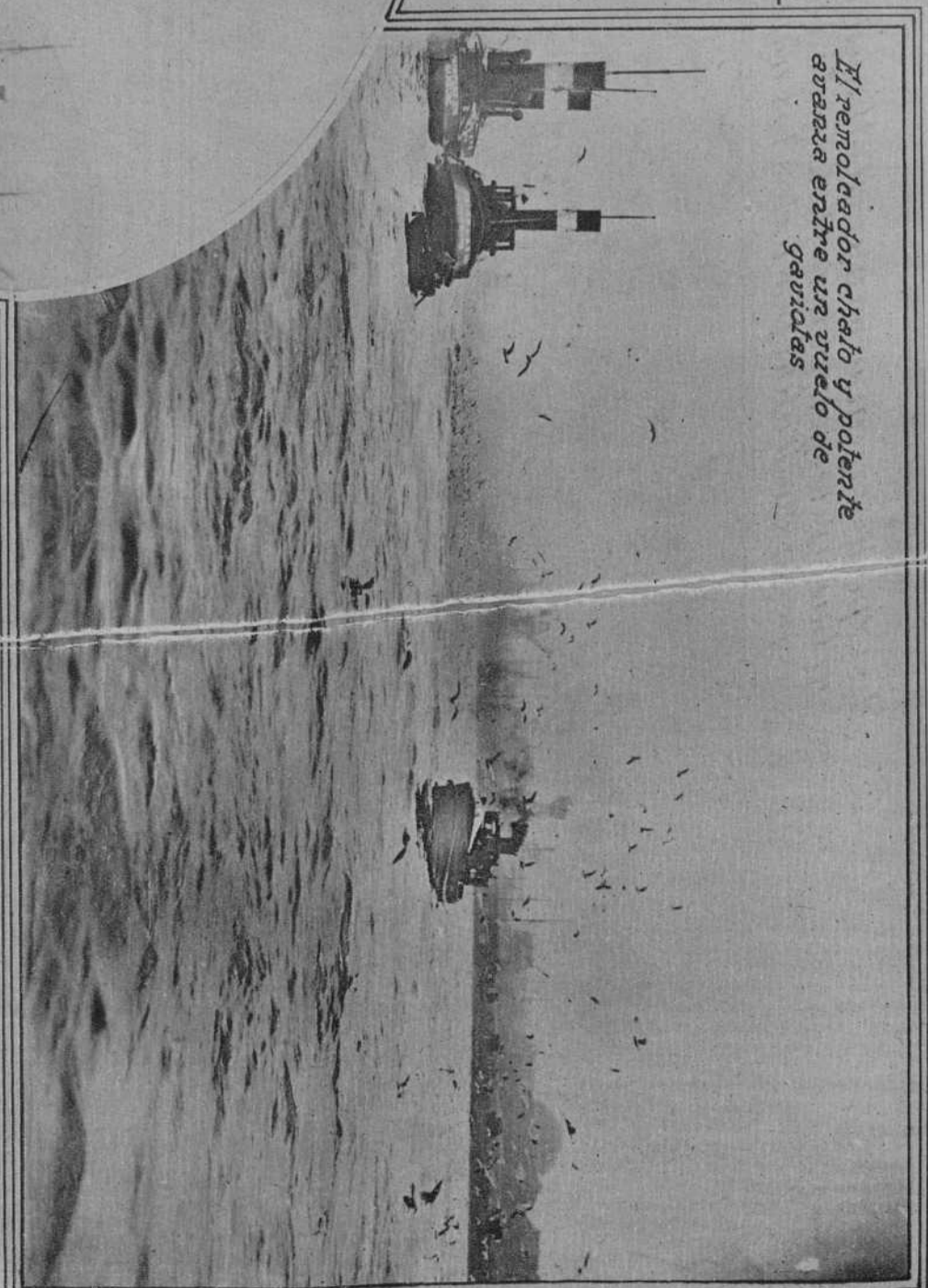


La belleza de los puertos, más compleja tal vez que la del mar libre, ha seducido siempre a los poetas y a los pintores.

Juraq, las gruas esqueléticas semece el enorme steamer de fines chinezcos

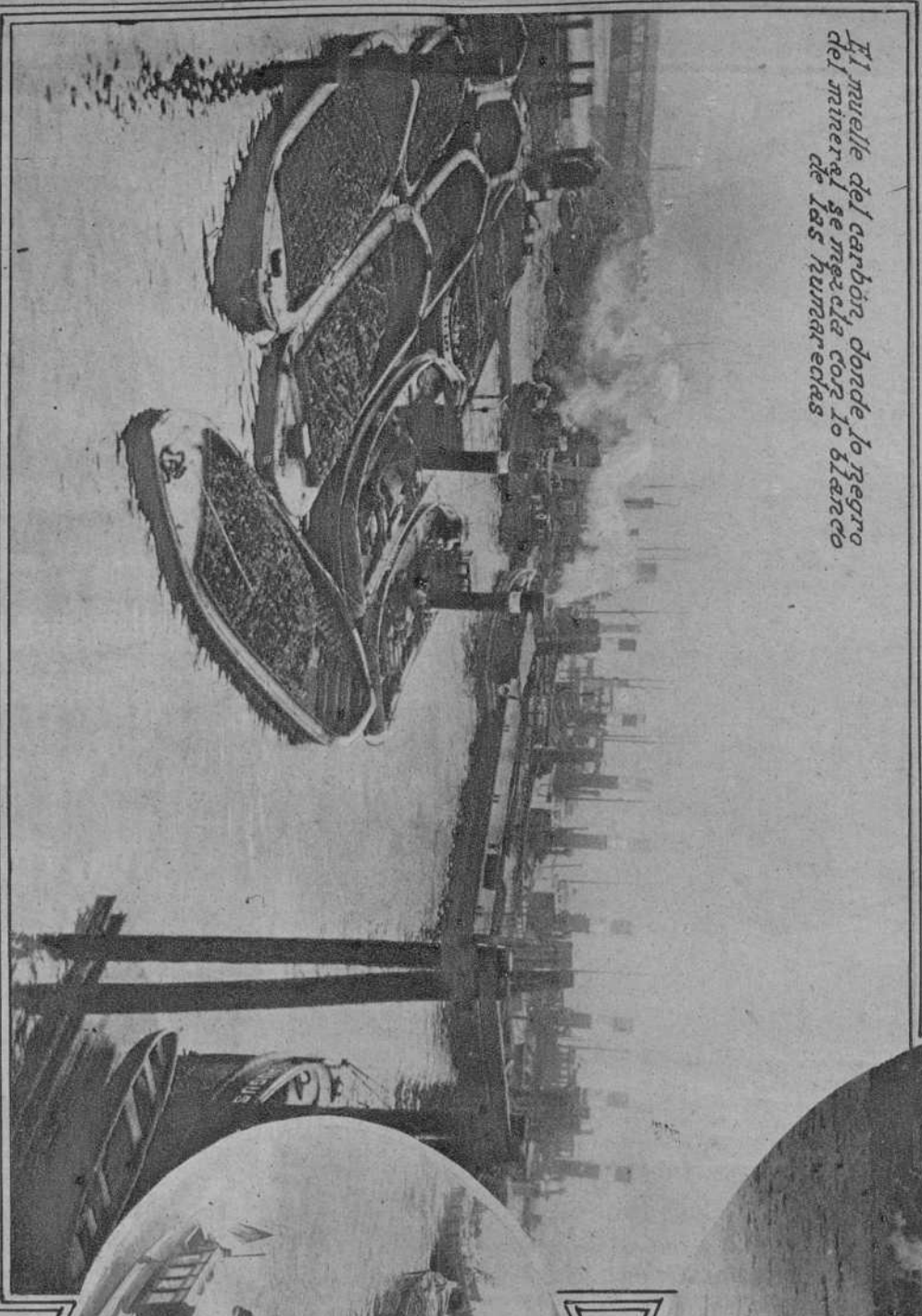


El remolcador chato y potente avanza entre un vuelo de gaviotas

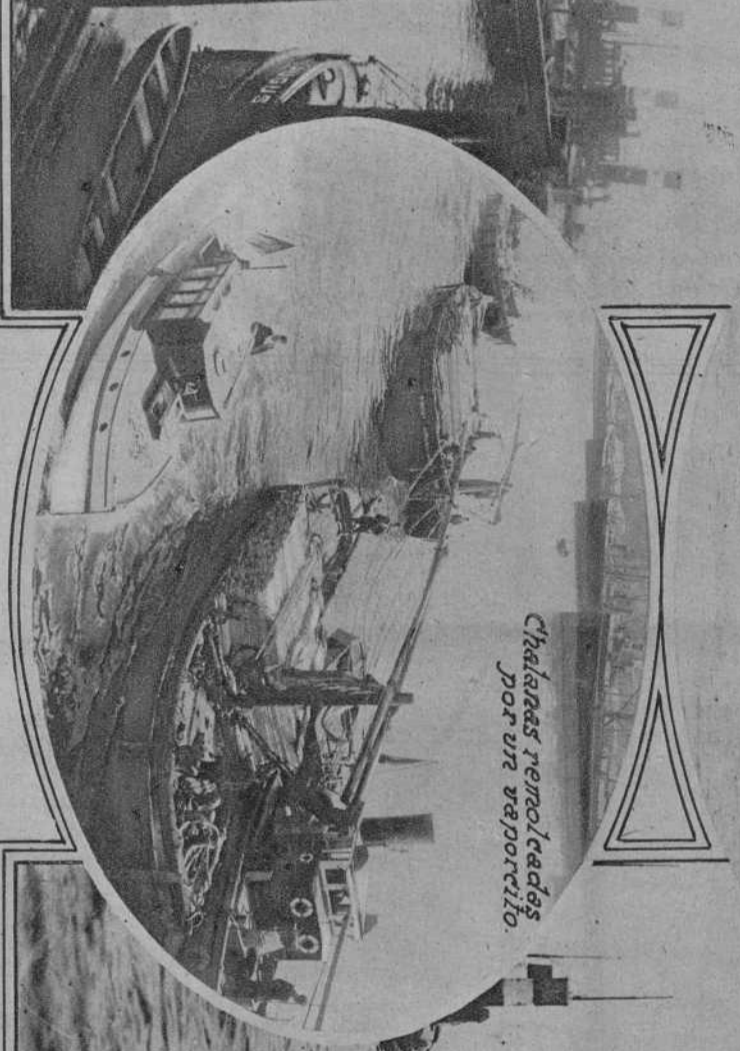


Fotos. Scherl

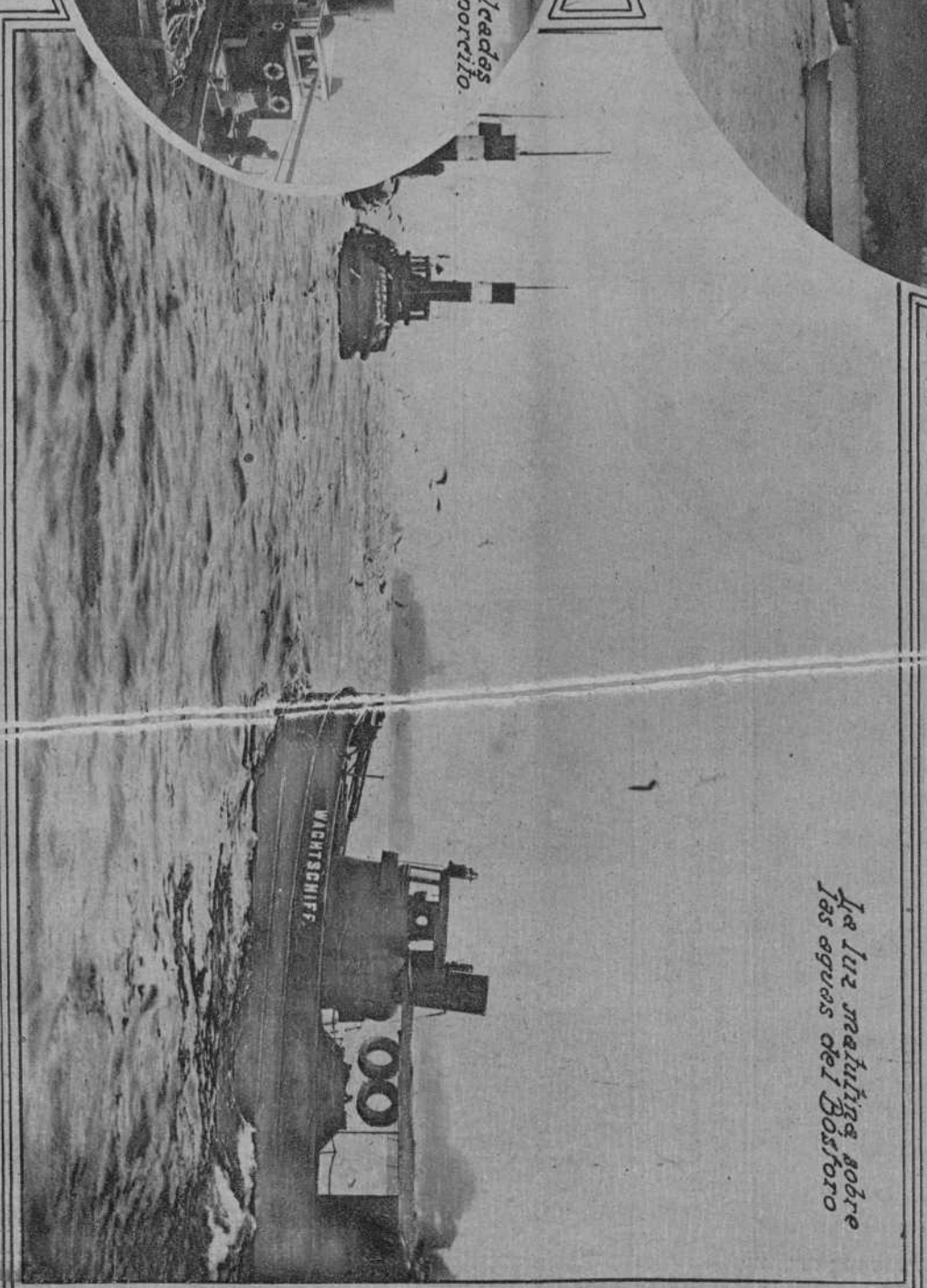
El muelle del carbón, donde lo negro del minero se mezcla con lo blanco de las humaredas



Chalanas remolcadas por un vaporcito



La luz matutina sobre las aguas del Bostero



La segunda expedición de catalanes a Oriente

XXIII

Al caballero Salomón A. Ezraty

Salónica es una población de aspecto todavía lamentable, después del incendio que en 1890 destruyó más de 1.200 casas, la mayor parte de ellas emplazadas en los barrios más modernos y lujosos.

Sentada en la llanura y en la falda del monte Kortiach y extendida hasta el puerto, es, sin disputa, por su singular y privilegiado emplazamiento, una de las ciudades más hermosas y pintorescas del mundo.

Al presente, una fabril actividad en la construcción de edificios de carácter privado, es su principio y más visible característica. Se construye allí como en ciudad alguna y la urbanización municipal de calles y plazas, aunque lenta y tardía, a remolque del esfuerzo gigantesco que realiza la población, se ve obligada a satisfacer aquellas necesidades que a diario crea la iniciativa particular de manera imperiosa y apremiante.

Salónica llegará en breve, no lo dudamos, a ser la primera ciudad de Grecia y una de las más bellas de Europa dentro, naturalmente, de su importancia y extensión.

Punto, en nuestras correrías por la población, hubimos de admirar cuanto de notable encierra en construcciones modernas, y en vestigios y monumentos de la antigüedad y de la Edad Media, algunos de ellos de singular belleza y notable mérito artístico.

Restos de la vía Egnatia, que atravesaba la ciudad. La antigua fortaleza de las siete torres. Un arco triunfal romano, de ladrillo, mármol y bajos relieves notabilísimos. Un pórtico de mármol con ocho cariátides, conocido por el nombre español de «Las encantadas». Algunos edificios bizantinos, entre ellos, «La rotonda», antigua iglesia de San Jorge, con magníficos mosaicos. Santa Sofía, transformada en mezquita, también de singular belleza, y la iglesia de los Santos Apóstoles, el templo de San Elías y otros no menos importantes convertidos en mezquitas, como los anteriores.

Finalmente, a orillas del mar, en el recinto almenado que encerraba antiguamente la población, convertido hoy en un hermoso malecón de 1.800 metros, la «Torre Blanca», famosa, conocida también por «Torre de la Sangre» de maravilloso parecido con la Torre del Oro, de Sevilla.

De esta fortaleza, hoy sin valor militar ni estratégico alguno, tomó nombre el teatro en que había de actuar sus reales la farándula barcelonesa: Teatro de la «Torre Blanca», llamado así, pomposamente, aunque en realidad tratábase de un barracón de madera, con honores de teatro, con muy pocos honores, emplazado junto a la fortaleza, en el sitio más bello del expresado paseo marítimo, al que afluyen en tropel las gentes ávidas de diversiones y de esparcimiento, invadiendo las terrazas de los cafés, los cinematógrafos y los salones de algún «dancing» o cabaret.

Todos estos establecimientos públicos ofrecen, por lo general, un aspecto exterior precario y unos interiores miserables, desprovistos de toda ornamentación y confort. Ello no obsta, sin embargo, para que los frequenten sin menoscabo las familias mejor bien quistas por la fortuna y cuyo indumento elegante y rico pudiera hacer sospechar su alejamiento de tales sitios.

Existe actualmente en la ciudad un importante sector de habitantes que recientemente vinieron a conturbarla y a congestionarla en términos materiales la asfixia. Me refiero a los griegos expulsados de Turquía, que en número no inferior a 80 mil se refugiaron en la población, aumentando el desequilibrio existente entre su capacidad y el número de sus moradores.

El hacinamiento de habitantes en chozas y en improvisadas construcciones de madera, sin vista a la menor comodidad ni a la higiene más rudimentaria, es otra de las características que ofrece Salónica a los ojos del viajero, como es también evidente la penuria en que vive la población, dentro de la pobreza general del país, a pesar de los sobrehumanos esfuerzos que realiza para su prosperidad y engrandecimiento.

Salónica es, sin duda alguna, una ciudad que no se resigna al estancamiento, al atraso, a la pobreza. El genio de sus habitantes en este punto es maravilloso y la lucha en pro de la ciudad y de sus intereses es tan redoblada, tan titánica y heroica, que puede afirmarse sin reservas de ninguna clase, que el triunfo habrá de coronarla en pocos años.

Ante la fe inquebrantable, ante el espíritu perseverante y entusiasta de este pueblo, cabe pensar que los últimos destellos del genio de la Grecia, gloriosa e inmortal, se refugiaron en él para resurgir en el mañana con nueva vida y esplendor, orientando los destinos de la nación hacia horizontes más halagüeños y venturosos.

El corazón de Grecia es, indudablemente, Salónica, y de él, vigorizado y poderoso, hay que esperar el resurgi-

Mi granito de arena a la divulgación coreográfica. Una dama, rubia y crepuscular, asegura que casi nadie baila bien el «Charleston», aunque lo baila todo el mundo



Y fija las doctrinas plásticas a que debe atenderse el moderno y universal baile de San Vito



Bien quisiera yo, pobre pecador de mí, haberme podido sustraer a echar mi cuarto a espadas — o a pluma, mejor dicho —, en lo que al «Charleston» se refiere. La danza, modernísima, resulta ya vieja, a puro haberla usado con exceso cuantos tuvieron a la mano el escaparte de un periódico o la venta abierta de un libro. Como esas mozas del partido que, en plena mocedad, fueron tan liberales en dádivas de amor que sólo pueden despertar los apetitos de arrieros y trajinantes, catadores de cuanto vino, por compuesto que sea, póngase al alcance de su gacznate.



Figura I

Quise decir con ello — y para mi desdicha tal vez no lo haya dicho —, que no es ciertamente descubrir un horizonte nuevo, ni atalayar una llanada inédita, hacer referencia al «Charleston», del cual tanto han hablado, sonado y pintado, desde la prosa familiar de las gacetas, hasta los pentagramas más fáciles, pasando por los pinceles y los lápices de todas las categorías.

No hubiera, no, metido baza quien compone esto en cuestión tan baladí, a no ser por las confesiones de una amiga que, si cumplió los treinta con exceso, no sería extraño que doblara cuantos otros «cabos» de las tormentas salieran al paso de la vida, sin aparente cansancio ni notable deterioro. Tal de fresca y tan de buena vista se conserva la dama.

Es ella, pues, en realidad, y no yo, quien va a hablarte, cofrade lector. O, mejor dicho, son las palabras de ella las que a trasladarte voy, sin añadirles coma ni quitarles tilde, cosa esta última de deleznable efecto gráfico cuando de hablar de años se trata, y ya tú sabes cómo de los de la dama de que soy mediador te hablé.

Estábamos los dos — ella y yo — en

un establecimiento de esos que, a hora distinta de las señaladas por los modernos organismos para bailar y beber te o comer cosas finas, dijéranse enfundados y apagados, tal que salones de palacios cuyos señores estuvieran de veraneo.

Ante los dos, separándonos, tentamos una mesa no tan frágil quizás como conviene al mobiliario convencional de la literatura frívola. Sobre la mesa había algo tan prosaico y español como esto: dos tazones de café con leche. Hablábamos.

—¿Te levantas ahora?
—Era el mediodía y yo, alevosamente, aun a sabiendas — ¡y tan a sabiendas, claro! — de mis vulgaresis quehaceres nocturnos, afirmé, con un aire de mundano bohemio que se corriera doradas juergas por las noches:

—Sí, me levanto ahora. Nunca lo hago antes de las doce. Qué quieres, muchacha, ¡los periodistas somos así de perversos y complicados!...

Arrimó ella su tazón a sus labios; tomó un sorbo; hizo un bonito gesto nervioso con la testa, y su melena, de un blondo puede ser que oxigenado, simuló por un instante un nimbo flamífero. Luego:

—¿Dónde vas por las noches? — dijo sencillamente.

A fe que no me comprometí, articulando estas dos palabras, de una gran amplitud, de capacidad suficiente a todas las sugerencias:

—Por ahí...
—¿Ballas?
—No.
—¿No te gusta?

—Ver como bailan los demás, sí. Pero monopoliza demasiado los bailes el «Charleston», y todos resultan lo mismo.

—¿Tú crees?
—Como en el Corán... Es decir, más que en el Corán, desde luego. No puede irse a ver bailar sin que el «Charleston» le aporree a uno todos los sentidos. Hasta en el baile va resultando esta una generación «de serie», en lo que a las mujeres se refiere, sobre todo: pelo corto, falda, «Charleston»... Y ahora, tal vez, «Black-Bottom».

—No, el «Black-Bottom» no destronará al «Charleston». El «Charleston» es el baile revolucionario que la época precisaba. La melena a lo muchacho y las pantorrillas al viento, han revolucionado — mejorándola, desde luego — la condición de la mujer, cuya activa forma racional de vivir actualmente, no puede admitir demasiados pelos ni excesiva tela. El «Charleston» ha derrocado los falsos dioses milenarios de la danza. Pero lo malo es que el «Charleston» no lo baila casi nadie...

—¡Mujer, por Dios!...
—No te quepa duda.
—Si no me constara que —sopona de estar en combinación con el camarero, lo cual es indigno de tu carácter distinguido y un sí es no es aristocrático—, si no me constara, dijo, que estás tomando café con leche como cualquier sencilla madre de familia, iba a figurarme...

—¿Qué estaba borracha?

—Quita allá, mujer, ¡dices unas cosas!...

—Ni distinguidas ni aristocráticas,

desde luego; pero es lo mismo que tú querías decir. Bueno, pues que conste que estoy en mis cabales.

—¿Entonces?...
—Entonces reafirmo que el «Charleston», el verdadero «Charleston», no lo baila casi nadie. La nueva danza tiene sus leyes, que cada bailarín, cada mal bailarín, conmueve a su capricho, entregándose a las más astrosas epilepsias. Para bailar bien el Charleston, se eleva el pie izquierdo, afirmando el derecho (tiempo I) y se abren los pies (tiempo II), poniendo el izquierdo antes del derecho (tiempo III), se alza el derecho (tiempo IV), se le pone ante el izquierdo

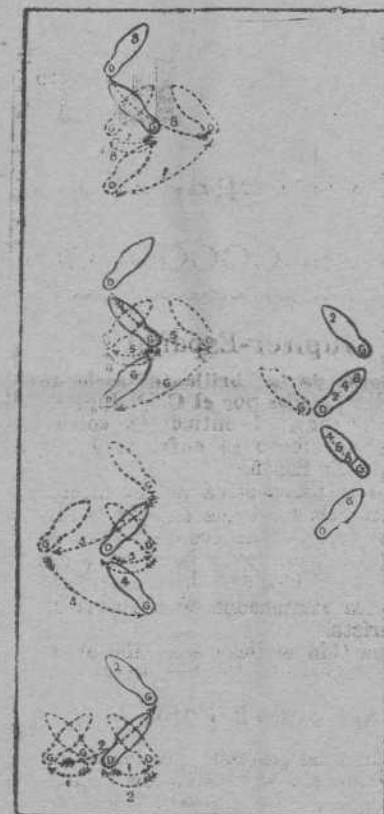


Figura II

(tiempo V), se alza el izquierdo (tiempo VI) y se le coloca ante el derecho (tiempo VII), se alza el derecho (tiempo VIII) se le coloca ante el izquierdo y así sucesivamente.

Y ahora llega el verdadero paso de «Charleston», que se bailará así:

Se afirma el pie derecho, levantando el izquierdo (tiempo I), y cerrando los pies se coloca el izquierdo delante del derecho (tiempo II), afirmándose sobre el pie derecho alzando el izquierdo (tiempo III); cerrando los pies, colocar el izquierdo detrás del derecho (tiempo IV) afirmarse sobre el izquierdo, alzando el derecho (tiempo V), cerrando los pies, colocar el derecho detrás del izquierdo (tiempo VI), afirmarse alzando el derecho (tiempo VII) cerrando, colocar el derecho ante el izquierdo (tiempo VIII), y así sucesivamente.

—¿Nada más?
—Nada más, ¿qué hora será?

—La una y pico. ¿Comes conmigo? Si me invitas...

—Pues claro que te invito.

Y comimos juntos. París, bien vale una misa. Descubrir que el «Charleston» que se baila por aquí es un «Charleston» con «garrofines», bien vale una comida.

DOMINGO DE FUENMAYOR

Correo de las Artes y de las Letras

—En una de nuestras recientes visitas al estudio del laureado pintor don José María Marqués hemos tenido ocasión, nuevamente de admirar algunas de sus recientes obras pictóricas.

Allí coquetonamente diseminadas y formando conjunto artístico elevado, hemos visto entre otras varias producciones de valía, los retratos del conde de Egara, don Alfonso Sala; del que fué en vida conde de Laverna, y los del director del Banco de España y de su distinguida esposa.

La pureza de sus líneas, el matiz de apropiado color y el parecido exacto que en cada uno de ellos se destacan, hacen que ellos puedan conceptuarse como otras tantas obras de alta enjundia de ese ilustre artista, que a la experiencia de sus años aúna la visualidad apropiada y el trazado firme seguro, que le permiten figurar entre los maestros más esclarecidos contemporáneos del arte pictórico español.

Desde nuestra llegada a la ciudad, el señor Ezraty, interesado vivamente por nuestras andanzas, había comprendido que nuestra situación económica no podía ser muy halagüeña y espontáneamente, sin apoyo oficial ni privado del Consulado de España, organizó con sus amigos una representación en honor de la Colonia Española, que produjo aneados ingresos.

Fué una velada inolvidable. Una fiesta de confraternidad y de entusiasmo entre «españoles de España» y «españoles de aquí», que se celebró con orgullo los jefes de habla española. La aparición de la bandera griega, enlazada con la española, en un número cantado airosoamente por las «niñas» y la tiple, desbordó el entusiasmo en términos conmovedores. ¡Haba que ver a aquellas buenas gentes, aplaudiendo a rabiar — con lágrimas en los ojos!...

Al día siguiente partía para Constantinopla la farándula catalana, llevándose uno de los recuerdos más gratos de la expedición. Entre las muchas personas que acudieron al buque a despedirnos no podía faltar nuestro amigo, el perfecto cumplido caballero don Salomón A. Ezraty, verdadero «Cónsul de España», para nosotros.

Piadosamente no queremos acordarnos ni del nombre del personaje que ocupaba el Consulado en propiedad, por aquel entonces...

CASIMIRO GIRALT

De la fiesta de los Reyes

LOS REYES MAGOS, EN SU VISITA TRADICIONAL A AUTOLOCOMOCIÓN S. A., DEJAN PARA LOS PEQUEÑUELOS ENTUSIASTAS DE CI TROEN UNOS SOBERBIOS BALONES DE FOOT-BALL, NUESTRO POPULAR DEPORTE

Es una costumbre ya tradicional, que en el día más esperado y recordado por los pequeñuelos, la dirección de la importantísima casa, representante del popular Citroën, del invencible Talbot y del elegante Nash, proceda a distribuir profusamente entre la gente menuda valiosos juguetes que dejan en los escaparates de aquella los Magos de Oriente. Con este motivo se reunió frente al número 90 de la Rambla de Cataluña durante toda la mañana del día 6 del corriente una compacta muchedumbre, no compuesta precisamente de infantes, sino de personas mayores de edad, y aún de pasada la mayoría, todos no obstante conocedores de la magnificencia con que distinguen los Magos aquella casa y por lo tanto también a su clientela y amigos, que son legión en la ciudad — que dificultó el tránsito e imposibilitó la regular entrega de balones de foot-ball, rompe-cabezas, etc., etc., con que eran obsequiados los innumerables pequeñuelos, que los recibían con muestras de gran alegría.

El número de automóviles que se congregó en los arroyos ascendente y descendente, así como en las calles afluentes a la espléndida avenida fué incalculable y el golpe de vista que producía el ver asomarse de aquellos vehiculos las monísimas cabezitas de lindos ojos entre admirados y alegres, era delicioso.

Por tres veces tuvieron que cerrarse las recias puertas de hierro de aquellos escaparates en precaución de que no fueran víctimas de atropellos pequeños y grandes a causa de la aglomeración e impaciencia para hacerse con los regalos, temerosos de que no hubiera para todos.

Satisfechos pueden estar los elementos de aquella importantísima casa, honra de la ciudad, por las simpatías que se han conquistado entre el elemento automovilista en general y en particular entre la infancia de nuestra capital, que sueña todo el año con los magníficos presentes de los Magos de Autolocomoción y sabe distinguir ya lo que significa el nombre de Citroën.

miento de Grecia, el día en que este pueblo se decida a reclamar su página de triunfo en la historia de la Europa del mañana...

«Mujeres y flores de España» en el escenario de la «Torre Blanca», obtienen a diario los más resonantes aplausos del público, que llenaba a diario el local de bote en bote. El éxito, no por esperado, nos parecía merecer clamoroso. El entusiasmo de los judíos españoles, sobre todo, era superior a toda ponderación. Mue-

tras enequivocas de consideración, de admiración, de franca estima y afecto, se nos prodigaban generosamente, a manos llenas. Pero... — el maldito «epos» de la prosa vil de la vida —, a pesar de todas las admiraciones y entusiasmos, los ingresos del teatro, de menguado aforo, de menguada moneda para nosotros, no bastaba ni con mucho a cubrir nuestros gastos y la caja de la expedición se vaciaba pavorosamente. Las reservas tocaban irremediablemente, fatalmente, a su

término. Ibamos a llegar al fin del fin del desastre.
Fué entonces — como ocurre en los cuentos de hadas —, que la Providencia se acordó de las huete expedicionarias y corrió en su auxilio, si no en forma de biehechora hada, ni de simpático gnomo o de anciano de barbas apostólicas, en la correcta forma de un joven y cumplido caballero llamado don Salomón A. Ezraty, cancelier del Consulado de España y cónsul de Brasil.

--- PÁGINA INFANTIL ---

EL PAJE DEL EMPERADOR

El emperador estaba sentado en su trono, como siempre, sombrío, taciturno y con el corazón lleno de orgullo. Sus ejércitos acababan de batir al enemigo y regresaban cargados de botín.

Yo soy, dijo el emperador, el hombre más poderoso de la tierra. Nadie me puede resistir.

Pero en ese mismo momento uno de los consejeros entró precipitadamente en el palacio y vino a arrojarse, pálido y tembloroso, a los pies del emperador.

—Una gran desgracia va a caer sobre usted, Sire—exclamó—. He estudiado los astros toda la noche y he descubierto que un niño que acaba de nacer en una choza de pescadores, será coronado emperador.

El emperador no creía en la predicción de los astros, y en ese momento la noticia de su interlocutor no le causó ningún efecto. Y verdaderamente el consejero le engañaba. Cuando él era joven y pobre, habíase enamorado de una linda muchacha que no había consentido en casarse con él y lo había hecho con un pescador que vivía no lejos de Constantinopla. La mujer acababa de tener un hijo, y el consejero del emperador incitado por los celos, había inventado esta historia para hacer que este último hiciera matar al niño.

Como era hábil de palabra, no cesó de repetir su cuento al emperador hasta que consiguió asustarlo. El monarca resolvió mandar un soldado a la choza del pescador para que tomara al niño y lo matara. El soldado llevó al niño con su cuna al borde del mar; pero como era buen hombre no pudo resolverse a hacer daño a una inocen-



—Si yo me muriera, ¿me llorarías, Juanito?
—Sí. Ya sabe usted que yo lloro por cualquier cosa.

te criatura y se limitó a depositar sobre las aguas la cuna de mimbre en la que dormía el pequeño.

La cuna flotó sobrelevada por las olas hamaándose de un lado a otro fué a parar a orillas de una isla. La mujer de un pescador encontró al niño y como no tenía ningún hijo lo adoptó muy contenta. Durante diez años el pequeño Esteban (fué el nombre que sus padres adoptivos le pusieron) vivió muy feliz en la isla.

Un día su madre adoptiva se decidió a contarle cómo lo habían encontrado sobre las olas flotando en una cuna. Esteban resolvió inmediatamente ir en busca de sus verdaderos padres y saber por qué lo habían abandonado. El supuso que había venido de la costa, pues el mimbre de su cuna sólo crecía en ese paraje y pidió a su padre adoptivo que le llevara en el bote a un punto del Continente que estaba situado frente a la isla. Era un lugar desierto y lleno de rocas, y al internarse en un valle el pobre Esteban resbaló de una roca y cayó a un río donde se hubiera seguramente ahogado, si el emperador, que cazaba casualmente por allí, no hubiera sentido sus gritos, salvándolo.

El muchacho era hermoso, robusto e inteligente y el emperador le tomó cariño, haciendo de él uno de sus pajes. Esteban vivió en el palacio donde no tardó en hacerse muy amigo de Teodora, la hija del emperador.

Teodora, siendo la hija única, tenía que heredar el trono y su padre había resuelto casarla con el hijo de otro emperador vecino suyo para que de este modo se unieran un día los dos imperios bajo un solo Gobierno. El pobre Esteban ignoraba estos proyectos y se enamoró de Teodora que a su vez se enamoró de él; nadie, sin embargo, conocía su secreto en palacio.

Cuando Teodora llegó a los diez y siete años, su padre la mandó con gran escolta a visitar a su amigo el otro emperador; estaba arreglado que el hijo de este último trataría de conquistar a la niña y casarse con ella.

Naturalmente Teodora no estaba enterada de esos proyectos y fué con grandes demostraciones de tristeza que se separó de Esteban, quien a su vez estaba sumido en la desespera-

UN NIÑO PREVISOR



ción, tanto que enfermó. Pero mientras estaba en su lecho volvió a pensar que no había hecho nada para descubrir a sus verdaderos padres, y cuando sanó pidió permiso al emperador para ir en busca de ellos.

Desgraciadamente su pedido dió que pensar al emperador, que preguntó al joven qué edad tenía y lo que el había pasado cuando era niño. Esteban le contó naturalmente todo lo que sabía, quedando el emperador sumido en una gran inquietud. Mandó buscar en gran secreto al soldado a quien había ordenado matar al niño.

—Con perdón de Su Majestad—explicó el soldado—, el pequeño parecía tan inocente, que no tuve el coraje de matarlo y puse la cunita sobre las olas, esperando que ellas lo llevarían a alguna parte.

El emperador temió entonces que

puso en marcha muy contento con la idea de volver a ver a Teodora. Anduvo lo más ligero posible cambiando de caballo cada 15 leguas y por fin entró a todo galope en el patio del palacio del emperador. Teodora, que casualmente estaba mirando por una ventana, lo vió entrar y bajó a toda prisa a su encuentro.

—Vuestro padre—le dijo Esteban— me envía para traer una carta al emperador.

Teodora, llena de curiosidad, le pidió le mostrara la carta, pero Esteban no quiso hacerlo, pues había recibido orden de entregarla al mismo emperador. Enojada Teodora le arrancó la carta de las manos, la abrió y leyó:

«Antes de que mi hija se case con vuestro hijo le ruego haga desapa-

perador, aunque muy desilusionado por la forma que había tomado los acontecimientos, hizo que se casara inmediatamente Esteban con Teodora y que luego se marchasen.

Cuando llegó al palacio de su padre, Teodora pidió a su marido que la esperara cinco minutos en el patio y le dijo:

—Si en ese tiempo yo no agito mi pañuelo en esa ventana, es que tu vida está en peligro; sálvate disfrazado y permanece escondido.

—Pero—le contestó Esteban—, tu padre puede hacerme prender conforme tú le hables, sin esperar que pasen los cinco minutos y no tendrás tiempo de hacer la señal.

Teodora reflexionó unos minutos y dijo:

—Yo estaré en guardia y oíré si se da alguna orden a los soldados. Co-

nosotros por nuestro lado lo haremos muy feliz a usted también.

—¡La profecía ila profecía!—murmuró el emperador—. He aquí que se realiza. ¡Pero qué pensato era en pensar que Esteban podría un día que- rarme hacerme daño! ¡Llámale, dijo a su hija sonriendo, y arrodíllense delante mío para recibir mi bendición.

Teodora corrió a la ventana y agitó su pañuelo.

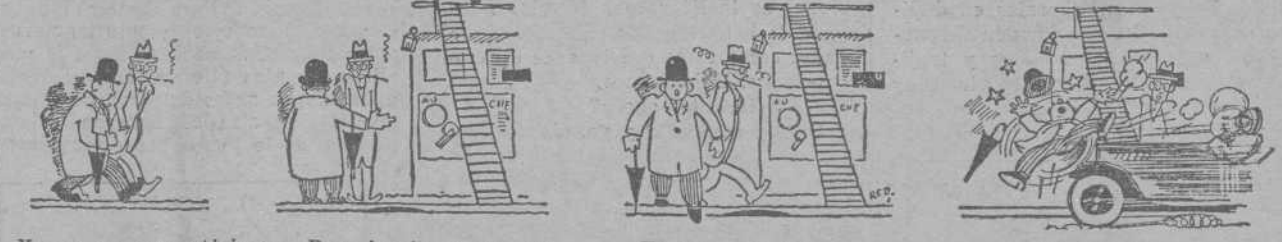
Mucho antes de que el viejo emperador muriera, Esteban encontró a sus verdaderos padres y les hizo dar unos aposentos en el castillo. Fué el mismo a la isla donde había sido recogido y trajo igualmente a sus padres adoptivos a vivir en el palacio.

Y llegó un día en que lo coronaron emperador y a Teodora emperatriz.



—En el aire, eres igual a tu padre.
—Pero ¿usted ha visto alguna vez a mi padre en el aire?

LOS PELIGROS DE LA SUPERSTICION



Yo, no soy supersticioso... Pero jamás pasaré por debajo una escalera. Es cosa que trae... ¡Desgracia!

se cumpliera la profecía del consejero y que Esteban descubriera que él lo había querido matar. Entonces me matará, pensaba, y se apoderará del trono. Por más que quiera yo a este muchacho tiene que morir, pero lo mismo que mi soldado, no puedo soportar la idea de que lo maten en mi propio palacio.

Llamó entonces a Esteban y le dió una carta para su amigo el emperador, diciéndole que la llevara antes de ir a buscar a sus padres y la entregara en propia mano. Esteban se

secer para siempre al portador de este billete.»

Teodora rompió el papel y fué corriendo a su cuarto donde escribió bajo la firma de su padre una carta diciendo:

«Para salvar mi vida, que está en peligro, me veo obligado a cambiar nuestros proyectos. Le ruego en nombre de nuestra antigua amistad, me socorra casando a mi hija con el portador de esta carta. Más adelante le explicaré todo lo que pasa.»

Esteban entregó la carta y el em-

perador inmediatamente a la ventana y agitaré la mano; si ves un pañuelo es que todo va bien y si no ves más que la mano escóndete lo más ligero posible, pero tienes que hacer de modo que yo sepa el lugar de tu escondite.

Entonces la valiente Teodora fué a ver a su padre y le contó lo que había pasado.

—Yo quiero tanto a Esteban—dijo a su padre—, que si le sucediera alguna desgracia me moriría. Perdónanos, padre, y nos hará muy felices y

SALPICADURAS

El amo al aprendiz:
—¿Por dónde cortarías un jamón para que te quedase la mayor cantidad posible de magro?
—Por la cuerda.

—Mi hermanito hace ya seis meses que anda...
—Pues ya estará muy lejos ¿verdad?

El gato está cerca de la lumbre y ronca.
Y el niño dice a su mamá:
—Mira, mamáita. ¡El gato ya hiervel!

En la botica:
—Deme diez céntimos de pastillas de goma para la tos.
—¿Son para tí, niño?
—Las pastillas, sí. La tos la tiene mi hermanito.

Un comentario de Joaquinito:
—Los arquitectos de ahora no son como los de antes. A ver cuándo han podido hacer un edificio centenariol!

En un examen:
—¿Qué hace el percutor al dar sobre el fulminante en los fusiles?
—¡Pum!

—¡Mamá! Estos calzones no puedo llevarlos. Me son más estrechos que la piel.
—¡Tonto! ¡Más estrecho que la piel no hay nada!
—Pues con la piel puedo sentarme y con estos calzones no.

En la tienda:
—Deme una docena de huevos, pero démelos chiquitos, ¡para que entren más!



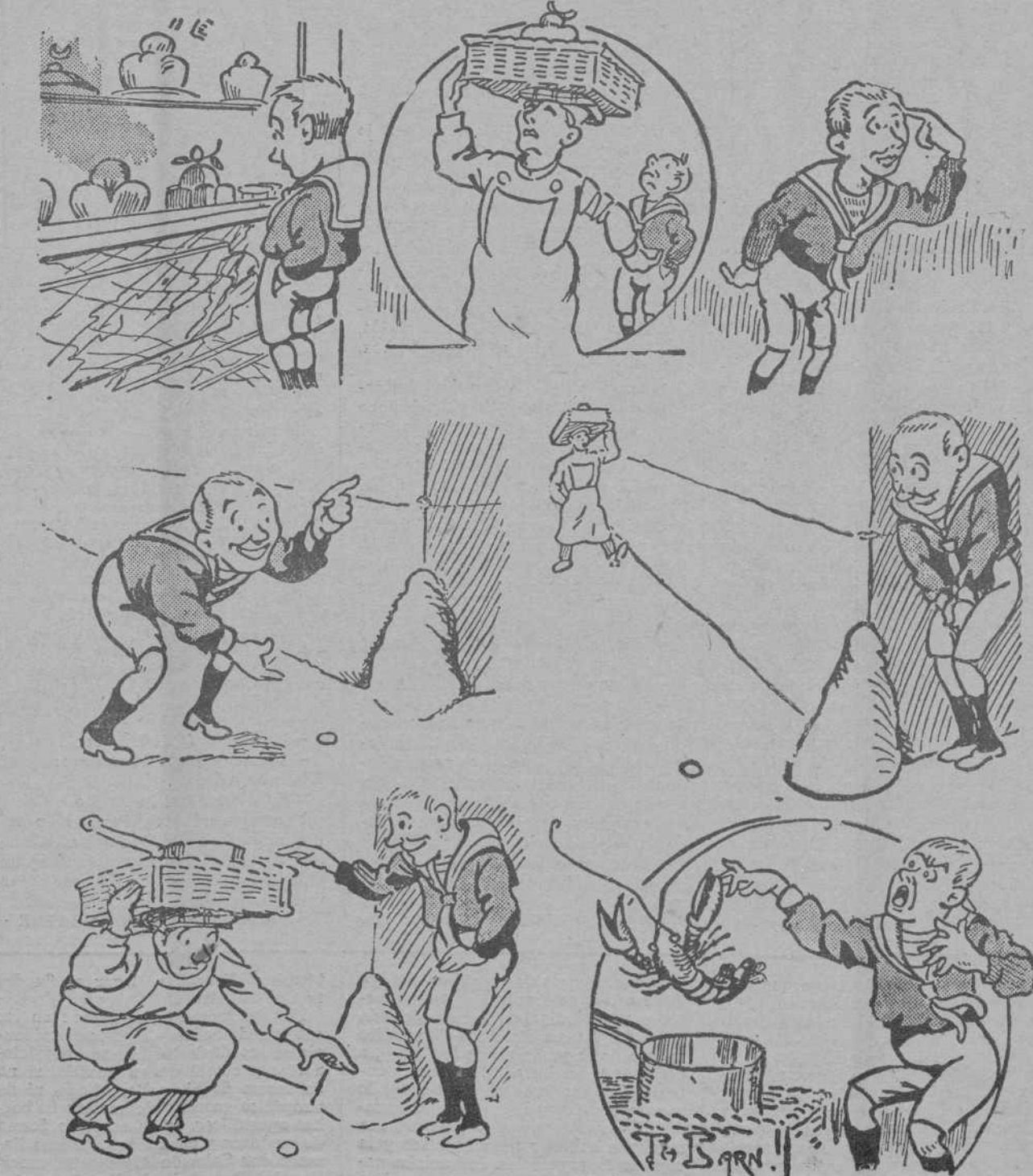
—Al tendero le di el duro falso.
—¿Y qué le dijiste?
—Lo que debe decir todo niño bien educado: «Que usted lo pase bien.»

LA INGRATITUD DE UN MALVADO

Un lobo se tragó cierto día un hueso que quedó detenido en mitad de su garganta. El animal se puso a correr, mientras aullaba, solicitando ayuda de cuantos animales encontrara en su camino. A todos prometía una bella recompensa si lograban extraerle el hueso.

Por fin, una cigüeña de largo pico realizó la operación. Hundió el pico hasta el fondo de la garganta del lobo, tomó el hueso y lo retiró. Pero cuando pidió la recompensa ofrecida el lobo sonrió con malicia y contestó: «Puedes considerarte feliz, pues pude haberme tragado tu cabeza mientras la tenía entre mis dientes.»

Ciertas gentes son como ese lobo; jamás reconocen los servicios que se les hace.



La guía castigada e un ardid que sale mal.

La novela del domingo

Para Angel Marsá.

I

¿Un farsante Gustavo Sandovil? ¿Un piruetista del amor? Sar... era poeta, un poeta arbitrario que amaba todo lo bello con fervor religioso, y todo lo desarquitecturado y... quiciado con ultramística unción.

En los períodos de agudización de su «divina enfermedad», cuando aborrecía... en el potro de su fantasía «se superaba a sí mismo», haciéndose ondulación luminosa, hipóbole flamígera, gustaba de esculpir paradojas, de cabriolear, de dar saltos mortales sobre la perenne inquietud de su vida, ancha como el mar, vacía como el espacio.

Y aseguraba que en él había dos naturalezas distintas, opuestas, inadaptables entre sí, como desensamblados y repelentes; dos caracteres vueltos del revés, sin tangencia en su convexidad, independizados, desvariados.

—Soy el genio mixto, divergente, inadjetivado—decía—; el del impulso hasta un más allá... de los brincoteos retráctiles; el del magnífico desacuerdo; una línea quebrada e inconfundida, una línea serpentina y ascensional; luz y sombra un «sí»; un «no».

Sandovil era un muchacho que arrebató de los hombros de Atlante el mundo, para depositarlo bajo su cimborrio craneano.

—Cuando desperté al amor—dijo— aquella tarde lluviosa y deprimente, una de esas tardes en que se engarabatan los nervios y se cierran los poros al alma—, quedé deslindada y deslimitada mi personalidad, teniendo de cada cosa una visión monocular, la visión que valoriza y ennoblece la mentira de la forma; un cono visual para cada aspecto y cada modalidad; un objetivo con «voluntad propia» en cada ventana del espíritu.

Nos hallábamos en la hiperbólica «garçoniere» del poeta, donde todo parecía invitar al desesperamiento, a la absurda cabriola, al volatín y a la alta teorización. La camareta era el absurdo elevado a la enésima potencia; una zarabanda, un «charleston» de dibujos, de libros, de postales, de cacharros, de «ex-votos»...

Afuera, en la calle, caía terca, obstinada, persistente, la lluvia.

Goteaba el agua por todas partes, resbalaba por los muros, por los vidrios del ventanal, se desprendía de los árboles esqueléticos del vecino jardín.

Silbaba un viento sutil, frío y penetrante.

De pronto, Gustavo lanzó un cacareo estridente, y apresuróse a manifestar:

—No he podido contenerme, chico. Me sentí gallo... ¿Tú no has experimentado nunca la necesidad de graznar, de mugir, de echar fuera un rebuzno?

—No, no; cuando más, deseo irreprimible de cocear.

—¡All right!... Tú también estás algo cabra. Eres, como yo, un caso. Describes ya la curva elipsoidal de la santa locura. Desprecias lo trascendente y profundo. ¡Oh, la «Suma Teología de Santo Tomás, los artículos de Ortega y Gasset, el binomio de Newton, el arquitrabe!... ¡Viva la vida bagatelaria, gimnástica y sin trabacuentas! ¡Abajo lo empingorotado y campanudo, la fórmula y el concepto!... Unicamente por el arte y el amor, esto es, la belleza, alcanzamos la jerarquía de dioses. Hay que ser dios, colocarse en el vértice superior del gran triángulo, abarcar con una mirada desde el punto oriental de Libra hasta la estrella de los blancos copos, crear nuestro mundo, en fin... y poner en ridículo al escultor cipriota, labrando la propia estatua y la de nuestra Galatea, una Galatea estéril, sin corazón, pero que sepa besar y reír...

—¿Vámonos?...—propuse a Gustavo.

—Sí; la lluvia es cordial, blanda, magnánima. Cada gota que cae es una lágrima de novia o de madre muerta. La bestia humana ama al sol únicamente porque brilla y calienta—¡somos tan pocos los que llevamos dentro una llama!—, y aborrece la lluvia que vela los contornos y que embellece las cosas de la vida al esfumarlas; ¡la lluvia, que es el mar—eterna inquietud— de cuya espuma surgió Afrodita!

Augusto Sandovil, como todo poeta, era un poco anormal un poco perverso, y de una sensibilidad afinada, laminada.

cientes llamaradas la hubiesen deslumbrado, cegado.

Sandovil permaneció unos instantes extático, muy lejos y, a la vez, muy adentro de sí mismo; con el espíritu de rodillas y el pensamiento en el infinito.

—¿Cuándo podría entregarme el original?—preguntó el editor, ajeno a la formación de aquel mundo para el cual se había creado ya la luz, el mundo entrevisto por el poeta en sus fiebres tormentosas.

Gustavo, como si despertase bruscamente de un sueño, miró atentamente a su Mecenas.

ta, la farsa y el absurdo!... ¡Viva Pígnalión!

Pero su voz se ahogó en su garganta, de donde no saldrían ya más cacareos.

Sandovil era un poco anormal.

III

—¿Qué haces aquí, parado en esta esquina?—pregunté a Gustavo, convertido en poste, al filo de las siete.

—No... distraigas, déjame solo—articuló, imperioso, Sandovil.

—¿Conquista?...

—¡Que te vayas, he dicho!

EL ZARPAZO

NOVELA CORTA

por

PEDRO NIMIO

II

¿Una carta? Rasgó el sobre, leyó la firma. Era de un editor.

—¿Qué me querrá ese imbécil?—exclamó Sandovil—. ¿Que ponga en verso el libro de «Las Siete partidas»? ¿Que le escriba un segundo «Quijote» por un puñado de calderilla roñosa y pringosa?

Leyó la carta. En ella le felicitaba el editor por su último éxito literario y rogábale que cuanto antes se dignara pasar por su despacho.

Visitó Sandovil al por él llamado «el buen ladrón».

—¿Quisiera que me escribiese usted una novela de las grandes—dijo el burgués.

—¿De cuántos kilos?—preguntó el poeta.

—¡Usted siempre de buen humor! Unas quinientas páginas en octavo, ¿no le parece?

—Dos kilos y medio de cuartillas.

—Me gustaría que la novela no tuviese carácter folletinesco, ni galante, ni que fuera de tendencia social; una novela que pudiera ponerse en todas las manos... Usted ya me entiende, ¿no?

Sandovil movió maquinalmente la cabeza en sentido afirmativo, pero sin mirar a aquel Pericles grasiento y ventruado.

¿Y cómo, si en tal instante apareció en el despacho una figura de mujer, ágil y leve?

Era la mecanógrafa. Una precisión, una divinidad de criatura, de piel pálida, iluminada y transparente; de bellos ojos negros en torno a los cuales había una sombra turbadora; de perfectos y encendidos labios... Una virgen de Dante Gabriel Rossetti; pero con perfil de medallón, de emperatriz de Bizancio.

Sandovil, asombrado, maravillado, con una intensa mirada, que fué como un contacto, acarició a la beldad, y en las mejillas de la dependiente se abrieron las rosas del rubor.

Dejó ésta sobre la mesa de su jefe algunos papeles, y sin decir palabra, retiróse con cierta lentitud, con mal disimulado pesar.

Ella ya concebía a Sandovil, cuyo retrato habían publicado las revistas ilustradas; además, tenía leído cuanto Gustavo diera a la estampa: versos, cuentos, novelas, todo con el sabor acre de pecado, tan apetecido por algunas lectoras.

Pero al ver de cerca al autor de tan bellas páginas, al sentir el «peso» de su mirada, la mecanógrafa experimentó emociones y sensaciones insospechadas, algo así como si su alma se curvaba en el ansia, como si todo el caudal de vida se agolpase a su corazón, como si lu-

—¡Ah!, el original...—barbotó, inconsciente.

—¿Dentro de un mes?

—Sí...; justo, dentro de un mes.

Abandonó Gustavo el despacho de aquel hombre sordido y avariento. Miró en un «bar» la hora que señalaba un reloj; y como sólo eran las seis, monológ:

—Dispongo de una hora y de diez duros. «... La cristalina esfera gira bañada en luz... ¡Bella es la vida!» ¡Iré a «Maxims», al «Excelsior»!... ¡Bah! Hoy debo huir de los animales parlantes... No quiero encanallarme... Llevo en la testa el blanco penacho de la ilusión. Me ha enguinaldado el alma esa criatura de los ojos grandes y profundos, tan primaveral, tan boticellessa.

Sandovil hizo parar un taxi.

—Llévame por ahí, por donde quieras, hasta las siete menos cuarto—dijo al chófer.

Y el escritor, tumbándose en el blando asiento del coche, se dejó llevar a través de la urbe, que a él le parecía vestida de fiesta, embellecida y magnificada.

¿Por qué?...

Eso mismo se preguntaba Sandovil. ¿Es que él no se había enamorado otras veces tan fulminantemente como ahora? ¿Es que no había conocido mujeres tan «definitivas» y conturbadoras que le «sorbieran el seso», como aquella mecanógrafa que se le metió súbitamente por todos los poros, incurstandosele en el corazón?

¡Precisamente él, que a todas había amado un poco! ¡El, que se consideraba más allá del amor, que tenía la sospecha de haberlo agotado, después de envolver su cabeza con cabelleras profusas y aromadas y dejar, con el último beso, cuanto le restaba del tesoro fabuloso de su vida!... ¿Qué habría visto en aquella criatura, de la que ignoraba hasta el nombre, para sentirse imantado, subyugado, embrujado momentáneamente por ella... y una floreciente fiebre de ansias, de anhelos, de ilusión, convirtiera su sangre en substancia luminosa, y una gracia y una lozanía no presentidas se extendiera ahora por todo su ser, poblándolo de sonidos y de perfumes?

Corría el automóvil tal que si huiese de un peligro; pero el pensamiento de Gustavo corría más... ¡volaba! Y el poeta, en aquel crepúsculo de oro, sentíase renovado, amanecer de su potencia creatriz.

¡Oh! la obra todavía no lograda, la obra de la victoria, de la inmortalidad, estaba allí, en su frente y en su corazón, fecundados por «Ella»...

Y quiso gritar:

—¡Abajo la paradoja y la pirue-

Tuve que obedecer. Pero, naturalmente intrigado, fui a sentarme a la puerta de un figón, desde cuyo punto veía a mi amigo.

Las tiendas comenzaban a apagarse. Oíase el ruido de las puertas metálicas al ser cerradas violentamente por los horteras. Las aceras se iban llenando de transeúntes: obreros, señoritas, criadas apertitosas, artistas de «music-hall», carreristas, vendedores de periódicos, parejitas muy encandiladas y aprovechadas, algún matrimonio hastiado y cansino, chavalillas de taller, reidoras y encantadoras.

Vi a Gustavo cruzar la calle, detenerse un momento, saludar sembrero en mano a una mujer, avanzar los dos por el arroyo, pasar por delante de mí sin que advirtiese el poeta mi presencia.

Sandovil tenía la palabra; se inclinaba un poco para deslizar mejor en el oído de aquella joven, soberanamente bella, a mi juicio, algunas deliciosas mentiras, esas mentiras de poetas, que horadan la piedra y el bronce, que penetran sutiles, en el corazón más herméticamente cerrado.

Iban despacito, como si contaran los adoquines, burlándose del tiempo; pero posiblemente, aun marcando el paso con lentitud sus pies, volaba el pensamiento de uno y de otro.

Se alejaron (¿Se encontraban?... ¿Se perdían?) hasta desvanecerse en la noche sus siluetas.

A las ocho y media vi regresar a Gustavo. Le llamé.

—¡Chico!—exclamó—. ¡Ábrázame! Soy el as de los castigadores. No hay mujer que se me resista.

—¿Triunfo completo?

—¡Definitivo! Esa criatura es la suma y compendio de las siete maravillas del mundo. Tiene la grandeza de las pirámides de Egipto, el perfume conturbador de los jardines de Babilonia, el augusto silencio del mausoleo levantado por Artemisa...

—Bien; tasca el freno.

—¡Pero si estoy piafando y relinchando como el caballo de Job!

—Amigo Sandovil: eres una polea loca.

—Sí, sí; soy un loco, un divino loco; pero de entusiasmo, de ilusión, de amor. Tengo ganas de gritar, de alborotar pregonando mi locura. En este venturoso instante, el más fecundo de mi vida, me considero encaramado sobre el vértice superior del gran triángulo... ¡Ya soy dios!... Y ahora, en celebración de tan fausto acontecimiento, nos vamos a cenar a uno de los mejores restaurantes. Yo pago. Soy poseedor de nueve duros: ¡un Potosí en estos tiempos! ¡Corque... landando!

Los camareros, rígidos y prosopopéyicos, nos miraron commiserativamente.

popéyicos, nos miraron commiserativamente.

—La verdad es—dijo Sandovil—que nuestra infortunaria no «entona» con este ambiente propio para bailar pavanas. Pero, ¡qué importa un pantalón con rodilleras si, quien lo lleva, se considera un nabah?

Comimos. A Sandovil, con las glorias, no se le fué el apetito. Embuchó como pudiera hacerlo el más glotón de los romanos, rociando proporcionalmente cuanto deglutiera, con vino pálido, pálido como «Ella», según Augusto, y mi amigo me habló de Araceli.

—Esa mujer me quiere—aseveró—. Es más, me quería antes de conocerme personalmente. Ingenua, me confesó que guarda todas mis novelas, mis... los artículos que he publicado, lo que han escrito de mí, buenos camaradas. Yo, ¡figúrate lo que le habré dicho y cómo se lo habré dicho, para que no opusiera resistencia a que la cogiese del brazo, y a que me aproximara cuanto es posible, en la vía pública a su cuerpo tibio, tremoso y ávido... Araceli callaba y me miraba sorprendida, y a la vez satisfecha de observar en mi rostro la alegría que brotaba en luz de mis ojos, y en sonidos de mis labios. Yo iba como borracho. La sangre me bailaba en las venas, y el corazón daba brinco bajo la comba del pecho. Me exaltaba, me agigantaba, me inmensificaba.

Bueno; ya puedes imaginar cómo se agolparían a mi boca las palabras, y cómo iba empenachando de locura su alma, para que aceptase ir conmigo esta noche al cine.

—¡Pues no eres tú nadie, rindiendo corazones!

—Es el poder del arte, querido; la magia, el hechizo de la palabra embellecida. Total: que Araceli me pertenece, y poco valdré yo si no la doy un trono, un mundo. ¿Creeñas que esa mujer ha despertado en mí la ambición, la sed de inmortalidad?

—Falta hacía en tu sangre y en tu alma ardores nuevos, ansias y orgullos.

—Pues ella me engrandece y sublima. ¡Qué fuerte me siento ahora!

—Porque has cenado.

—No seas implacable... Porque ella me ha llenado de salud, de vigor, de absoluto... ¡Ya soy dios...

Sandovil, repito, era un poco anormal...

IV

Transcurrió un mes. Araceli dejó de ser la mecanógrafa de aquel editor grasiento y ventruado, que entregó contra cuartillas, noventa y cinco pesetas a Sandovil.

—¿Qué te hace falta, chiquilla?—preguntó Gustavo a su amada— ¿Un abrigo de pieles? ¿Un collar de brillantes? ¡Pide, que soy capaz por ti, de arrancar las estrellas de la bóveda azul!

Pero Araceli, no tenía los pequeños sentidos golosos de la mujer; era insensible a las alhajas, a la seda, al terciopelo, a cuanto pone el lujo en estos adorables y codiciales animalejos que acarician y arañan.

Perezosa para desear las distracciones, no le gustaba el teatro ni el baile, la confusión, el movimiento, la vida agitada que necesitan los nervios de la mujer joven.

Se contentaba con saborear una especie de dicha tranquila y pereña; de permanecer junto a Gustavo, el mayor número de horas.

—¿Por qué no vives conmigo?...—preguntaba Sandovil.— Teniéndote junto a mí, trabajarías con más fe, con mayor entusiasmo, hasta con ilusión. ¡Qué felices seríamos! ¡Qué obras tan acabadas y emocionales las que lograría junto a ti...

Araceli se resistió. Amaba profundamente, insensatamente a Gustavo; pero ella no comprendía la vida sino con la independencia,

el derecho de poder hacer lo que se quiere. Había en Araceli algo del animal de instintos libres que no quiere entrar en una jaula.

Gustavo no veía ningún medio de vencer aquella decisión de Araceli, obstinada en conservar su libertad. Y él necesitaba tenerla a su lado siempre, pues su naturaleza delicada, refinada, hiperestesiada, le llevaría, de no tener cerca a toda hora a la mujer que amaba, hasta la abnegación, a cometer todo linaje de locuras, a saltar, como en otro tiempo, por encima de la propia sombra, a ser de nuevo el propio mixto y divergente, a esculpir paradojas, a cacarear...

Sandovil sentía el desecho, cada día más avivado, de abandonarse totalmente a ella, de ser poseído, de verse acariciado a cada latido del tiempo, envuelto continuamente en amor, impregnándose de sus dulzuras, perdiéndose en adoraciones y líricos servilismos.

Como esos niños que sólo duermen acunados en el regazo materno, Gustavo quería, para sus sueños, las blanduras de ella, sus caricias, la seda de sus cabellos, el terciopelo de su piel, la divina melodía de su voz.

Para él, la creación entera se resolvía en un nombre: el de ella, que lo ocupaba todo, y todo lo dominaba.

—¿Por qué no me complaces, por qué te resistes, por qué no atiendes mis súplicas?—interrogaba, demandaba, humilde y porfiadamente. —¿Es que no te inspiro bastante confianza? ¿Es que temas que en mí muera el amor? ¿Es que te asusta mi porvenir incierto, esta vida mía flotante y volante a merced del vaivén de lo inestable y fatal?

Permítanme muchas horas del día y de la noche juntos.

Paseaban por la ciudad, salían al campo, cenaban en cualquier restaurant, adormecían sus ansias en la grata penumbra de un cine, y ya de madrugada, se separaban, corriendo afanosos Sandovil al trabajo queriendo arregarse de lleno a él, luchando por vencer la forma rebelde, obstinado en fecundar muchas páginas en blanco...

—¿Y para qué?—murmuraba con desaliento Gustavo.—¿Para seguir teniendo sed y no aplacarla? ¿Para continuar sintiendo hambre y no satisfacerla? ¿Para prolongar el tormento de no vivir con ella, de no ser tentado por ella?

Y rodaban los minutos y sepultábanse en la nada las horas, sin que Sandovil lograra hacer un poco de obra bella, original y emocional.

Su cerebro se embotaba; el sueño le rendía...

—¡Mañana!—decíase.—Trabajaré mañana.

Pero al día siguiente y al otro, y al otro, no escribía, sintiendo el cabalgar de las horas huidizas, de las horas sin retorno...

—Es preciso que te resuelvas de una vez—dijo una tarde a Araceli.—Pierdo mucho tiempo, no puedo cumplir compromisos adquiridos; no produzco... Necesito tener siempre a mi lado, sentirte cerca constantemente. Sólo así podré mantener el poco prestigio alcanzado, afirmar mi personalidad, conseguir el éxito que por ti apetezco... ¡Anda venita!... ¡Decídetel!

—Pero, ¿es que piensas que viviendo los dos bajo un mismo techo harás algo de provecho?

—Sí, sí; únicamente viéndote y acariciándote y oyendo tu voz, y aspirando perfume de tu cuerpo y llenándome de luz de tus ojos, daré cima a mis proyectos, caminaré con paso seguro hacia la cumbre, alcanzaré la victoria...

—¡Júrame que serás para mí siempre el mismo!

—Me ofende la sola sospecha...

—¿No te arrepentirás?...

—¡Nunca!

V

Los primeros días, luminosos, gloriosos, la feliz pareja vivió en constante embriaguez. Araceli y Gustavo creían morir de felicidad. El tiempo les parecía corto para colmarse de caricias, para llenar de risas aquel nido colgado en una rama de lo incierto, para entonar el

himno victorioso de su dicha, plena y máxima.

Correteaban persiguiéndose como niños traviesos y alborotadores; cosquilleaban, se estrujaban entre carcajadas y ternuras y arrebatos y besos, en un olvido de todo, como si fuera de ellos dos no existiera nada.

Uno y otro tenían escondida una enorme capacidad de cariño y se derramaba el sentimiento, al romperse la corteza de su alma, como un caudal prodigioso e inagotable.

—Bueno; ahora a ser formales, chiquito—solía decir Araceli, no con cierto pesar... —¿Tú a escribir a dejar en el papel unas bellas mentiras, porque toda la verdad, toda tu verdad, la quiero para mí. Yo, a poner en orden la casa, a hacer como que trabajo...

Y Sandovil se entregaba al trabajo. Cada cuartilla que llenaba parecía impulsarle a escribir otra y otra. Aquellas hojas de papel con muchos garabatos y no pocas tachaduras, eran el pan para ella, el vestido, el sombrero, los zapatos para ella. En él no pensaba. ¿El triunfo ruidoso? ¿La gloria? ¿Y qué valía aquello comparado con su dicha, con una mirada de Araceli, con un beso de su boca, ancho, húmedo, goloso?

Sin embargo, Sandovil guardaba al Arte sus respetos; quería que toda obra suya fuera digna de él. Se horrorizaba al pensar que, andando el tiempo, pudiera avergonzarse de haber escrito una sola página que no mereciera el aval de su firma. Retocaba, pulía, alambicaba y valorizaba la frase, cuidando de que no por ello quedaran desarquitecturadas las ideas.

Pero, más que por el juicio favorable de la posteridad, por que su ofrenda a Araceli pudiera ser mayor y mejor. Ciento que lo inmediato era la utilidad; pero, ¿a qué excluir de lo útil lo bello?

Y Gustavo, insensiblemente, se daba a su obra, envenenándose un poco con ella, dejándose arrastrar por esa fuerza misteriosa que convierte al genio creador en víctima de su arte.

Cada día, al terminar Sandovil su labor, Araceli ponía en orden las cuartillas, las numeraba, y luego las leía en alta voz para arrullar el oído del amado con la música de su prosa, embellecida al ser desgranada por los labios de «ella».

Y al terminar la lectura, echaban los dos al vuelo las campanas de la alegría, y reanudaban sus juergas, entre caricias y carcajadas estrepitosas; se perseguían y atacaban con denuedo infantil, derribando sillas, reduciendo a polvo algún cacharro.

—¿Qué locos somos!—exclamaba jadeante, Araceli, mientras Gustavo se la comía a besos.

—Locos, pero felices.

—¿Hasta cuándo?...

—¿Hasta más allá de la muerte!

Transcurrían las semanas y los meses sin que la más leve nube empañara el cielo de la felicidad en que vivían los enamorados.

De nada se privaban y de nada carecían. Con lo que producía Gustavo todo quedaba atendido. Las peticiones de original por parte de los editores, lejos de interrumpirse, aumentaban cada día.

El nombre de Sandovil se aureolaba de prestigio. Cada obra nueva suya alcanzaba mayor éxito de librería. Era el escritor más leído y discutido.

—Trabaja ahora. Este es el momento de asegurar el porvenir, de alcanzar la máxima celebridad—le decíamos cuantos éramos amigos suyos.

Y Sandovil, ilusionado y envanecido por sus triunfos, se entregaba, febricitante, con ansias de dominio, a un trabajo rudo de muchas horas. Había que realizar el supremo esfuerzo para llegar a la cumbre. Era cuestión de amor propio hacerse digno del pedestal, ensanchar los límites de su fama. Y tal sed de ambición le devoraba en todo momento, que permanecía días enteros encorvado ante la mesa donde se amontonaban, palpitantes, vibrantes, las cuartillas...

—¿Te vas a matar, chiquillo!—reconvenía dulcemente Araceli.

—Abusas de tus energías... ¿A qué

esa obsesión por subir tan aprisa?

Aquellas palabras de la mujer relegada a segundo término, postergada casi, tenían un sentido oculto, envolvían el mal disimulado sentimiento mezquino de la envidia.

Araceli consideraba rival suya a la obra de arte que se empeñaba en lograr Gustavo; tenía celos de ella, unos celos horribles, salvajes.

Y con halagos, con frases melosas, con caricias prolongadas, trataba de atraerse al hombre, sin advertir que en éste dominaba el artista.

—¿No me quieres ya, bonito? ¿No es para tí Araceli musa, número, gloria?

—¿Por qué dices eso?—preguntaba, sorprendido, Sandovil.

—Porque me tienes olvidada, sin que pienses en colmatarme de caricias, en mordiscar, como antes, mis trenzas, ni besarme en la nuca.

—Sí, sí; pienso en todo eso; vivo enteramente en tí. ¿Por quién, sino por mí Araceli, quisiera yo robar al sol su fuego, al mar su fuerza y al universo sus artes?

—¿No me quieres, no!...

—¿Que no te quiero? ¿Has dicho que no te quiero?... ¡Vas a ver!

Y Gustavo, tirando con ímpetu la pluma y aventando con furor las cuartillas, corría a aprisionar con sus brazos contra su pecho a la criatura amada y venerada, besándola con avidez en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca...

—¿Tú; nadie; nada más que tú, cuyo amor me ha engrandecido; ¡tú, que eres mi presente hecho carne y locura! ¿Qué vale ni significa una obra, como mía, imperfecta, al lado de la obra lograda que eres tú, síntesis de todo? ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! desde mucho antes, de toda mi vida, y te querré siempre!...

—¿Qué feliz me haces, Gustavo!...

VI

—¿Sandovil? Ha zozobrado.

—¡Naturalmente!... ¡Llevaba tan poco lastre!...

—¿Uno más hundido en el fondo de ese océano que sólo pueden surcar los grandes trasatlánticos!

—Sin embargo, todos creíamos que Gustavo se traía algo dentro.

—¡Bah!... Lo que llevo yo ahora en la cartera. Unas cuantas tarjetas... de amigos; pero ninguna mía.

—¡Ya era hora de que cesara en sus piruetas!... ¡Briolase ese genio invertido o únicamente se cuida de espiritualizar su silueta!

—Sandovil es un farsante metido a literato.

—Sandovil «ha fusilado» a media humanidad y en vez de condenarse a la horca, como a cualquier saltador de caminos, se le rinde pleitesía.

Así, en este tono de «cordialidad», se expresaban días y semanas, mordidos por las víboras de la envidia, los de la cofradía de la Impotencia, una gran parte de la grey estulta que de alguna manera tenía que justificar su fracaso.

Llegaron, cómo no!, a oídos de Sandovil las insidias y diatribas de los Caballeros de la Derrota. Pero Gustavo no se indignó. Acaso el primer convencido de que había hecho poco y de que no haría nada más ya, era él, triste y desalentado, sufrió el dolor supremo de esas grandes heridas del arte a las que devora la fiebre de la decepción.

Además, de tal modo se había complicado y enmarañado económicamente la vida, que no sabía cómo hacer frente a tan difícil situación, ni de qué medios valerse para salir del atasco. El no tenía idea de lo cara que resultaba una mujer, la mujer que no se vende. Fué preciso que la realidad cruda, descarnada, le demostrase que no bastaba la pluma ociosa para resolver el pavoroso problema de la vida de dos en compañía.

Por otra parte, a Gustavo parecíale que Araceli tenía mutismos afectados, seriedades no sospechadas en el semblante, como si el frío del fastidio comenzara a invadirla.

—¿Será porque escasean los ingresos?—preguntábase.—Pero, si es ella la que me arranca del tra-

bajo! ¡Ella la que me desvía del camino!...

Y su sensibilidad enfermiza descubriale en sí mismo una pasmosa y dolorosa riqueza, de veleidades súbitas, de arrebatos, de claudicaciones, llegando a ese desgarramiento que corona fatalmente la vida de los paladines del arte y del amor: al espantoso e inevitable vencimiento.

Como un ritornelo sonaban en sus oídos las palabras hirientes de los envidiosos: —¿Sandovil?... ¡Ha zozobrado! Y apretaba con sorda ira los dientes hasta hacerlos rechinar. Y estallaba con furia la cólera dentro de su pecho angosto, deprimido.

Solicitó mi consejo.

—Abandona a esa mujer—le dije sin vacilar—o abandona la literatura. Dos amores para tí, a pesar de tus «dos naturalezas», son demasiados. Ten presente que una mujer, para todo artista, es el polo negativo. Mucho más Araceli, que si ama en tí al hombre, odia al literato.

—¿Me crees tan canalla?

—¿Qué artista no lo es?

Sandovil quedó pensativo.

Un paréntesis de dos meses; una laguna de silencio...

Y, de pronto, el nombre de Sandovil en todos los periódicos y en todas las bocas.

Su última novela «El zarpazo», era el más formidable mentís dado por Gustavo a todos los que negaron tuviese talento el escritor más brioso y original de cuantos llegaban al gran público y merecían fervientes elogios de la crítica.

Sandovil había triunfado. Desde mucho tiempo no se registraba en los anales de la edición un éxito tan rápido y rotundo como el que alcanzara «El zarpazo». Era la obra que consagraba a un autor; madurada, lograda; obra de las que «quedan».

¿Cómo pudo haber realizado aquel milagro Sandovil?

El escritor a nadie reveló el doloroso secreto de su triunfo. ¿Para qué? Tenía el pudor de sus desalientos y de sus amargas preférritas. Era una llaga viva su corazón, aquel corazón que pertenecía aún a «ella», a la abandonada y amada.

Huyó del lado de Araceli avergonzado por no poder atenderla debidamente en todo. Carecía de dinero para sufragar los más pequeños gastos. Se horrorizaba a la vista de una factura. Sus acreedores estrechaban el cerco. Le ahogaban, le aplastaban. Y una noche sintió el valor de los cobardes: el de la huida, que para él era como un suicidio mortal, produciendo en Araceli, tan insólita capitulación, los mismos efectos que un huracán.

¡Ah! ¡cómo huía y se retorció el felino que había en ella, mientras Gustavo, encerrado en su camareta, más solo y más dolorido que nunca, procuraba redimirse por el trabajo, con rabia, con furor de poseso!

No era, aquellos días, Araceli, la gatita que frotaba su piel y hociqueaba al «amo»; la que arqueaba el lomo y arrastraba la cola...; era la que erizaba sus pelos e iba de un lado a otro azotando el aire, gruñendo ferozmente, con los dientes apretados y las uñas prontas a desgarrar.

Lloró, pateó, redujo a polvo cuantos «bibelets» le había comprado Augusto, el desleal, el cobarde, el traidor. Y cuando, pasados los primeros accesos de cólera, logró dominarse y serenarse, abandonó aquel nido que hubiera querido destruir, quemar y aventar las cenizas.

Lo abandonó llorando y maldiciendo, como si en él quedara sepultada siempre una vida de la que renegaba; su vida, situada al borde del abismo...

Pero haciendo un juramento: el juramento de...

VII

El triunfo alcanzado por Gustavo exasperó a Araceli; revolvióle todo el peso de sus furiosos dormidos, de sus odios aquietados.

—¿Conque... «El zarpazo»?...

pronunció, silbando las palabras.

Y sonrió melancólicamente.

A pesar del tiempo no transcurrido, aun sangraba, y se estremecía el alma de Araceli, la vencida por aquella rival temible que halagaba la vanidad del escritor. Y cada vez que desdoblaba un periódico, hacía con miedo, temerosa de ver campear en letras muy grandes el nombre del novelista en pleno éxito, del hombre pusilánime, muy delicado y muy refinado; tanto, que no vaciló, por cobardía, en cometer la canallada de escapar...

Por todas partes veía la abandonada el mismo nombre; por mil conductos llegaban a sus oídos noticias del escritor triunfante de sus luchas pasadas, de sus proyectos. Y Araceli se arretaba con las dos manos el pecho, pretendiendo aplastar su corazón, aquel corazón pisoteado por el victorioso literato.

¿Qué tempestad se desencadenaba en el mundo interior de aquella mujer que odiaba a Gustavo por lo mismo que le amaba todavía! ¿Qué oleajes y tumultos agitaban y sacudían su alma!

Pero logró dominar el gigantesco remolino de aquel odio sin fondo y sin orillas, y cautamente trazó un plan diabólico, cuyo punto inicial sería la humillación.

Sí; humillarse para vencer. Y Araceli quería humillar del triunfante, colocarse encima de él y de su obra, la detestable y aborrecida rival...

Y unió su voz al coro de alabanzas. Felicitó al novelista Sandovil, como una más de tantas admiradoras. Carta tras carta: dos líneas, y la firma. Bastaba para atormentar al escritor, para ensombrecerle y angustiarle, y para despertar de nuevo al amor al niño que en Gustavo había.

Araceli no se equivocó. Su carta fué un recio aldabonazo en el corazón del hombre que aun la amaba, que deseaba compartir con ella las mieles del éxito, que había buscado inútilmente a través de la ciudad, ansioso de «ella», con hambre de cariño de «ella».

Pero, ¿dónde se encontraba Araceli? Desde qué punto le había escrito? ¿Cómo hallarla?... Preguntó, indagó Sandovil sin lograr descubrir el paradero de Araceli. Nadie sabía nada de la ex mecanógrafa.

Por espacio de ocho días el novelista vivió en la calle, con la vana esperanza de que la casualidad le favoreciera una vez en su vida. Ocho días de inquietud agotadora, de sobresaltos, de desfallecimientos! Ocho días que no acababan nunca!

Rendido, desalentado, extenuado, se dirigía una noche al restorán, y, al doblar una esquina... ¡ella!

—¡Araceli!—exclamó, gozoso, Sandovil, devorado con los ojos a la adorada ¡Oh! ¡Cuánto tiempo sin saber de tí!...

—Pues, ya ves, chico... aún aliento—dijo, inalterable, Araceli.

—Vamos a cenar. Necesito hablar contigo largamente... Pedirte perdón...

—¿Para qué?

—¿Tanto rencor me guardas?

—No; ninguno...

—Ven conmigo. Te lo ruego.

—Déjalo. Ya nos veremos otro día...

—Nos veremos siempre... ¡siempre!... aunque tú no quieras... porque yo no me separaré jamás de ti. ¿Oyes? ¡Jamás!

—Bien libre eres.

—¿Y?...—preguntó con temor Gustavo.

—Yo... ¡también!

—¿Puedes venir conmigo.

—¿A cenar?

—A donde quieras; tú mandas; pero a mi lado; a todas partes y a todas horas a mi lado y muy dentro de mí, alma, luz, vida de mi vida...

Y echó a andar, como en la primera noche, muy despacito, tal que si contaran los adoquines, burlándose del tiempo, borrándose sus siluetas en las sombras.

Durante seis meses Gustavo Sandovil, poeta y novelista famoso, no escribió una sola línea.

En vano solicitaban con insistencia originales suyos los editores; inútilmente le ofrecían contratos